n. 578

7/4

PRIMAVERA EN OTOÑO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traducción.
Los comisionados y representantes de la Sociedad de *Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentatión, de traduction et de reproductión résérves pour tous les pays, y compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

Copyright, by, G. Martínez Sierra, 1911.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

IMPRENTA ARTÍSTICA ESPAÑOLA, SAN ROQUE, 7

[10]

G. MARTÍNEZ SIERRA

PRIMAVERA EN OTOÑO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Representada por primera vez en Madrid en el Teatro de la Princesa, el 3 de Marzo de 1911

MADRID
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
V. PRIETO Y COMP.ª, EDITORES
Pontejos, núm. 8
1911

Á MARÍA GUERRERO

Y

Á FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA

CON MUCHA ADMIRACIÓN Y MUCHO CARIÑO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	Pesetas.
Sol de la tarde	3,50
Teatro de ensueño	4,00
La tristeza del Quijote	4,00
La casa de la primavera	3,50
El agua dormida	3,50
Todo es uno y lo mismo	3,50
La sombra del padre	3,00
El ama de la casa	3,00
Canción de cuna	3,50
La hora del diablo	3,50

Señores y amigos míos (1): *Gracias á todos de todo corazón. Esta honra que me hacéis, la estimo doblemente, por demostración de amistad y por premio á mi trabajo honrado. Como demostración de amistad, la tomo toda como deuda mía, y os la agradezco con emoción cordial; como reconocimiento del valor de mi obra, me asocio á vosotros en el homenaje y soy uno más á festejarla. Esto puede parecer inmodestia, y no lo es. La obra de arte, lo mismo que un hijo, salió de nuestra sangre; pero vive su vida fuera de nosotros y hubo en su creación algo ajeno á nuestra misma voluntad, que siempre nos hace tenerla por milagro. Como á los hijos, pues, creo que le debemos á nuestra obra* máxima reverencia.

La belleza existe por sí desde siempre, y nosotros, artistas, no hacemos más que oir su llamamiento y poner nuestro esfuerzo al servicio de su ansia de manifestarse. Cierto que el espíritu supo oir la voz y realizar en forma la esencia; cierto que hay cerebros de cerebros... pero el cerebro también es don, señores. Mi único orgullo propio es, por lo tanto, mi trabajo tenaz ¡eso sí! y esperanzado, á pesar de muchísimos pesares.

---

(1) Palabras dichas en el banquete celebrado el 7 de Marzo de 1911.

En estos momentos en que la simpatía del público y de la crítica se me ha manifestado cara á cara y con ruido, al complacerme en ella, he pasado revista al camino. Ahí están los pesares, señores; pero ahí también están los motivos, si escasos, tan fuertes, de honda gratitud. Para la mía hay cuatro nombres, y quiero proclamarlos aquí bien alto: Jacinto Benavente, Santiago Rusiñol, Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.

Jacinto Benavente, á quien me presenté osadamente con mis diez y siete años y mi primer libro, me acogió con bondad, escribió un prólogo—por entonces le llamábamos atrio—para mis prosas líricas y dió conmigo larguísimos paseos. Oyéndole hablar, se me descubrieron las leyes fundamentales del teatro moderno, y aproveché sus lecciones sin descanso; porque he cumplido ayer los treinta años, pero á los diez y ocho, ya escribía comedias. Esto puede explicarles á ustedes la coincidencia del dominio con la improvisación que hace constar, en son de elogio, un crítico, mi amigo.

Santiago Rusiñol, siendo él maestro y consagrado por sanción unánime del público y de la crítica, y yo un desconocido en el teatro, por fe en mi entendimiento, y por desinterés de amistad, que se da pocas veces, me honró con su colaboración, y al lado suyo he entrado por primera vez en la escena como responsable de obra original. Vida y dulzura *se estrenó en el teatro de la Comedia, á pesar de ser mía, por ser suya. Los primeros aplausos á él se los debo.*

No hay palabras con que decir lo que han hecho por mí los Sres. Alvarez Quintero. Yo creí que

amistad como la suya no existía en el mundo. Pueden estar seguros de que gratitud como la mía también habrá bien pocas. En momentos para mí de desaliento casi definitivo, ellos han levantado mi obra hasta á mis propios ojos, saliendo fiadores de ella con toda la autoridad de su gran talento. A ellos debo el estreno de La sombra del padre, *que fué mi entrada decisiva en el teatro; á ellos les debo un interés de todos los momentos, incansable, entusiasta, eficaz, aún más de hechos que de palabras. Siempre los he encontrado leales y justos en el consejo y apasionados en la defensa. No hay paso en mi carrera de autor dramático que no lleve recuerdo de su apoyo y de su admirable desinterés; en lo más grande y en lo más menudo han sido siempre para mí amigos perfectos. Sepan que no dieron con un ingrato.*

Estos cuatro nombres, Jacinto Benavente, Santiago Rusiñol, Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, quiero que estén en este homenaje tan por derecho propio como el mío.

¡Salud y gracias otra vez, señores!

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA (37 años)	María Guerrero.
AGUSTINA (18 años)	Catalina Bárcena.
LA PURA (35 años)	Elena Salvador.
EL AMA JUSTA (65 años)	María Cancio.
DON ENRIQUE (44 años)	Fernando Díaz de Mendoza.
JUAN MANUEL (28 años)	Luis Martínez Tovar.
MANOLO (25 años)	Ricardo Vargas.
EL MODISTO (35 años)	Fernando Montenegro.

La acción del primer acto en Madrid; la del segundo y tercero en un pueblo de la costa cantábrica. Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Un salón amueblado con bastante lujo y no demasiado mal gusto, pero un poco en desorden.

AGUSTINA está sentada delante de un grandísimo espejo de tres hojas, ELENA termina de peinarla y la PURA está en admiración cerca de una mesita donde hay peines, cepillos, cajas de alfileres, lazos, frascos de esencia...

ELENA

Mírala, mírala. ¡Ay, qué pelo tiene esta hija mía de mi alma! Tú, dame ese lazo; no, ese otro, el negro. ¡Hija, parece que estás alelada! Así, ¿con qué le prendo? Justo; un alfiler para clavársele á mi niña y que se me convierta en paloma. ¡Huy! *(Besa á* AGUSTINA *apasionadamente.)* ¿Quién te quiere á ti? *(A* PURA.) ¡Una horquilla, mujer, una horquilla! Invisible, para que no atraviese el terciopelo. ¡Gorda! ¡Ni que hubiera que sujetar un toro! Pequeña, mujer, pequeña y fuerte. ¡Hija, qué idiota eres!

PURA

Es que le vuelves á una loca con esos gritos.

ELENA

Pues ya debías estar acostumbrada.

PURA

A lo malo no se acostumbra una nunca.

ELENA

Dame el perfumador. ¡No, ese no, el de violeta; á ver si tiras cuatro ó cinco frascos! Vuelve esa cabeza. ¡Cierra los ojos, que se te va á entrar el perfume dentro y escuece que rabia! ¡También tú eres un poco pava! Ya te irás despabilando á mi lado. ¡Levántate! *(A la* PURA.) ¡Estírale esa falda! Bueno, ahora mírate al espejo á ver si te gustas.

AGUSTINA

¡Ja, ja, ja, ja!

ELENA

¿De qué te ríes?

AGUSTINA

De que parezco un perro de aguas con estas greñas sueltas.

ELENA

En cambio, cuando te peinas tú, pareces un coco con el pelo estirado y el moñito arriba. ¿Quién te manda que te peines así? Tu padre, como si lo viera. Siempre ha sido muy ridículo el pobre.

AGUSTINA

Papá no se mete en esas cosas... es Manolo que dice que no le gustan estos rizos tan locos que tengo, porque... porque parezco una postal...

ELENA

Y él, ¿qué parece? Un espantapájaros.

AGUSTINA

No, mamá, que es muy guapo... y muy buen mozo.

ELENA

Pero muy antipático.

AGUSTINA

Si no le conoces.

ELENA

Me lo figuro. ¡Cuando te le ha escogido para novio tu padre!

AGUSTINA

¡Ay, mamá, si no ha sido mi padre!

ELENA

Pues, ¿quién ha sido?

AGUSTINA

Yo.

ELENA

Pero él está rabiando porque te cases.

AGUSTINA

No lo creas.

ELENA

¡Ah! ¿No? Entonces, ¿á qué te manda aquí con la comisioncita?

AGUSTINA

Si no es comisioncita... ni me manda él tampoco.

ELENA

Pues, hija, no te entiendo.

PURA

Como no la dejas hablar.

ELENA

No sé á ti quién te da vela en este entierro.

PURA

¡Si no va una á poder decir lo que le parece!

ELENA

Recoge todo eso y llevátelo, que lo que parece esto es el puerto de arrebata capas.

PURA

Es que no siendo á ti, á nadie se le ocurre armar el tocador en la sala.

ELENA

Hago lo que quiero, que para eso estoy en mi casa.

AGUSTINA

Pero madre, Pura, ¿qué gusto sacáis en estar todo el día disputando?

ELENA

No es disputar: es hablar fuerte.

PURA

Ejercicios de voz que hace tu madre, niña; gracias á que á mí por un oído me entra y por otro me sale.

ELENA

Bueno; explícate tú, á ver si te entendemos.

AGUSTINA

Si es muy sencillo... Que Manolo me quiere mucho, mucho.

ELENA

Ya...

AGUSTINA

Y yo le quiero á él.

ELENA

¿También mucho?

AGUSTINA

También.

ELENA

¡Qué sabes tú!

AGUSTINA

¡Madre!

PURA

¡Pues si ella no lo sabe!

ELENA

No lo sabe, no; ¡qué va á saber con diez y siete años que tiene!

AGUSTINA

Diez y ocho y medio, madre.

ELENA

Hija, no te corre á ti poca prisa hacerme vieja.

AGUSTINA

¡No te enfades, mamá!

ELENA

Esa es otra. ¡No te enfades, mamá! Ni que yo fuera el ogro. No me enfado, y menos contigo; pero te digo la verdad de las cosas. Vamos á ver, ¿cuánto tiempo hace que sois novios?

AGUSTINA

Mucho... no sé... desde siempre... es decir, desde hace ya muchísimos años...

ELENA

¿Muchísimos? ¿Dónde le conociste? ¿Dónde le has encontrado?

AGUSTINA

No le he encontrado... porque siempre hemos estado juntos... ya ves... somos vecinos: la huerta suya, pared por medio con la de casa.

ELENA

¡Muy bonito! Así habrás aprendido de picardías tú con el tal Manolo.

AGUSTINA

No, mamá; he aprendido á quererle.

ELENA

Algo es algo.

AGUSTINA

Si vieras, es muy bueno... tan serio, tan formal. ¡Si no fuera por él sería yo más loca! Pero él tiene una maña para mandarme...

ELENA

¿Sabes lo que te digo? Que eso no es amor ni Cristo que lo fundó...

AGUSTINA

¡Mamá!

ELENA

¡Mamá! ¡Es costumbre, aburrimiento! ¡Muy formal, muy formal! y muy dominante... ¡Qué joya de niño! ¡Tu padre tiene la culpa de todo! ¡A quién se le ocurre tenerte encerrada en aquel pueblo! ¡Te has enamorado de él, porque en algo vas á pasar el tiempo... pero no le quieres!

AGUSTINA

¡Sí, madre; sí!

ELENA

¡No, madre; no! El amor tiene que entrar de pronto.

PURA

¡Como un patatús!

ELENA

Como una luz del cielo. Así me entró á mí por tu padre.

PURA

Pues puedes aconsejarle el sistema; con lo bien que á ti te ha resultado.

ELENA

¡Ya metiste tú la patita! No sé qué falta hace que la niña se entere de ciertas cosas.

PURA

Como si no las supiera de sobra: el secreto á voces.

ELENA

No hay secreto ninguno: yo siempre le he querido á tu padre muchísimo... y le quiero *(Con perfecta*

indiferencia); pero no hemos podido vivir juntos porque... porque la vida es la vida, y porque el pobre tenía ¡y le tendrá!, un genio inaguantable. También él era muy formal, también. Verdad es que él te habrá dicho que yo soy muy loca.

AGUSTINA

No, mamá

ELENA

¿Pues qué te ha dicho?

AGUSTINA

Nada; lo que tú: que la vida es la vida, y que no habéis podido vivir juntos.

ELENA

De lo cual él se alegra.

AGUSTINA

No se alegra.

ELENA

Eso es lo que traerás encargo de decirme para hacerme tragar el anzuelo.

PURA

¡Y tú serás tan prima que te lo tragues!

ELENA

Haré lo que se me ponga en el moño.

PURA

¡Ya lo sabemos, porque otra más infeliz que tú no ha nacido de madre!

ELENA

Habla tú, que eres el rigor de las desdichas.

PURA

Porque no tengo otro remedio; porque soy fea, y pobre, y no me ha dado Dios ninguna habilidad de las que vuelven el juicio á los hombres; pero tú, con esa cara y ese cuerpo, y esa voz ¡y el dinero que ganas! ¡Niña, hasta los reyes se vuelven locos oyéndola cantar! ¡Y puede que el muy cuco se haya figurado que te vas á ir así de rositas á enterrar en el pueblo por su linda cara, ahora que estará el alma mía para sacarlo con una espuerta al sol! ¡Y te manda á la niña porque sabe que tienes un corazón que no te *coge* en el pecho, y que eres tonta, pero tonta perdía!

ELENA

¿Te quieres callar, te quieres callar?

PURA

Si ya me callo, porque no tengo más que decir.

ELENA

¡Quítate de mi vista!

PURA

¡Porque te digo la verdad! Y que no habrá sido él tan tonto como tú. ¡Digo, si se habrá divertido con quien le parezca en diez y seis años de ausencia! ¡Buenos son los hombres! ¡Porque tu madre ha sido tonta, niña, y lo sigue siendo! Eso ahora no lo entiendes tú; pero ya lo entenderás cuando te cases, si te casas, que San Antonio bendito se porte contigo mejor que con ella. No me mires tú con esos ojos de basilisco, que no he dicho nada, que de sobra sé yo cómo hay que hablar con una criatura inocente, y si te quieres marchar con él, te marchas, que siempre harás lo que te dé la gana, y yo contigo de cabeza al infierno; pero luego no vengas con Pura por arriba y Pura por abajo, y que á este hombre ni su madre lo aguanta, porque ya lo sabíamos.

ELENA

¿Quieres un vaso de agua con azucarillo?

PURA

¡Ya me voy, ya! *(Sale* PURA.)

ELENA

Que preparen el coche, que vamos á salir. No la hagas caso; está de remate... Oye, y no vayas á

tomar en cuenta esas atrocidades que dice, porque una cosa es que tu padre y yo... *(Muy apurada.)*

AGUSTINA

(Dejándose caer en una silla.) ¡Ja, ja, ja, ja!

ELENA

¿De qué te ríes?

AGUSTINA

De que me hacéis una gracia loca. ¡Ay, madre, madre!

ELENA

Muy bonito. *(Casi saltándosele las lágrimas.)* ¡Ríete de mí!

AGUSTINA

Pero, mamá. ¡Vamos! *(Corriendo á ella y abrazándola.)* Mamá, ¿qué tienes?

ELENA

¿Que qué tengo? Que hasta el respeto de mi hija me han quitado. ¡Sabe Dios lo que te habrán contado de mí!

AGUSTINA

No me han contado nada: ni necesito yo para

respetarte y para quererte que me cuenten ni me dejen de contar. Eres mi madre y basta.

ELENA

Nadie te ha enseñado á quererme como hija.

AGUSTINA

He aprendido yo sola, por lo mucho que te necesitaba.

ELENA

¡Sí, que tú habrás pensado mucho en mí!

AGUSTINA

Mucho, madre, mucho; de pequeña porque me parecías ¡qué sé yo! una reina, un hada: eras tan bonita, tan bonita en los retratos, y estabas tan lejos y me enviabas tantas, tantas cosas bonitas como tú.

ELENA

¡Chiquilla mía! *(La abraza.)*

AGUSTINA

Y después, de mayor, no sé cómo explicarte; tantas horas de soledad en aquel caserón, cosiendo, leyendo ó sin hacer nada, teniendo que aprender yo sola á ser mujer, á querer, á llorar, porque papá me quiere mucho, y Manolo también; pero son hombres, y los hombres no entienden de locuras.

ELENA

¡Es verdad! *(Muy convencida.)*

AGUSTINA

Tú sí que no te acordarías de mí, por esos mundos, viendo tantas cosas, con tanta gente que te quiera y te admire. ¡Cómo te aplaudían anoche!

ELENA

Pues aquí no es nada: si vieras en Rusia, que es donde tengo yo mi público, y en Viena, y en Berlín... ¡Ay, chiquilla, chiquilla! *(La abraza.)* ¿A ti no te gustaría cantar?

AGUSTINA

No sé... no lo he intentado nunca.

ELENA

¿No te ha enseñado música tu padre?

AGUSTINA

Sí; pero á... Manolo *(Bajando un poco los ojos)* no le gusta que cante. ¡No te enfades!

ELENA

No, no; con su pan se lo coma; pero sí que debe ser un poco raro el niño.

AGUSTINA

No es raro, es así.

ELENA

¿Y á él es á quien se le ha ocurrido la condicioncita para el matrimonio?

AGUSTINA

No, mamá. Claro que él también se alegraría muchísimo de que papá y tú os reunieseis, por los dos... y por mí, porque dice que marido y mujer deben vivir juntos *(La madre da en el suelo con el pie);* pero el que se empeña y dice que si no, no se casa... es decir... no me caso... es su padre, que es muy bueno, ¿sabes?, y muy mirado, como es sacerdote...

ELENA

¿Cura?

AGUSTINA

Si no tiene nada de particular... cuando nació Manolo no lo era... estaba casado, naturalmente... pero luego se le murió la madre de Manolo, su mujer, y como él la quería tanto... para no volverse á casar, y por no dar madrastra á su hijo, porque le quería también mucho...

ELENA

Ya podía meterse el buen señor á gobernar su casa.

AGUSTINA

Por eso dice él que es, por el buen ejemplo de su casa, es decir, de la mía.

ELENA

Y el alma cándida de tu novio, ¿qué?

AGUSTINA

Ya ves, no le va á dar un disgusto á su padre.

ELENA

Claro; es mucho más cómodo que me le des tú á mí.

AGUSTINA

Pero, mamá, si no es disgusto.

ELENA

¿A quién le cabe en la cabeza que me voy á ir á mis años á vivir con tu padre, ¡si de jóvenes, cuando nos queríamos, no nos pudimos aguantar!...

AGUSTINA

Papá es muy bueno.

ELENA

Sí, hija; pero muy chinche.

AGUSTINA

¿No quieres?

ELENA

¡No puedo!

PURA

(Entrando.) El señorito Juan Manuel.

ELENA

Que pase. *(A* AGUSTINA, *que se ha levantado.)* No te vayas tú.

AGUSTINA

Ahora vuelvo: tengo que escribir una carta.

ELENA

Sí, que no se olvide... Dale memorias de mi parte, y á su papá también. *(Sale* AGUSTINA.)

(ELENA *se levanta y se arregla un poco el pelo al espejo; cuando entra* JUAN MANUEL, *aún está ella en pie y mirándose: las primeras frases las hablan sin mirarse directamente, sino en la luna del espejo, al cual él se acerca por detrás de ella.)*

JUAN MANUEL

¿Se puede entrar? Buenas tardes. ¿Coqueterías?... No me faltaba más.

ELENA

Es que no le quiero á usted recibir con cara de suegra... Buenas tardes... *(Le da la mano, sin volver la cabeza.)* Y como acabo de pelearme por poderes con un yerno que voy á tener, es decir que me parece que no voy á tener, porque se le ha ocurrido á su papá que para casarse con mi hija, tengo que reunirme yo con mi marido... y lo que es eso, ¡magras!

JUAN MANUEL

¿Pero está usted segura, completamente segura, de que es hija de usted esa porcelana que nos ha presentado usted anoche?

ELENA

¿Usted lo duda?

JUAN MANUEL

Me parece que esa maternidad es un sueño color rosa que ha tenido usted.

ELENA

¡Sí, hace diez y ocho años!

JUAN MANUEL

¡Imposible!

ELENA

Mire usted: aquí en las sienes dentro de poco voy á tener canas.

JUAN MANUEL

Y yo tambien.

ELENA

Pero á usted le saldrán de la mala vida.

JUAN MANUEL

¿Usted cree?

ELENA

Me han contado horrores.

JUAN MANUEL

Siempre se exagera.

ELENA

Más vale así.

JUAN MANUEL

Además, que usted tiene la culpa...

ELENA

¿Yo?...

JUAN MANUEL

¡Si hubiera usted querido ser buena conmigo, me salvo!

ELENA

Tiene gracia. Para salvarse un hombre, siempre necesita que se pierda una mujer por él.

JUAN MANUEL

¿Usted le llama á eso perderse?

ELENA

Así le dicen en mi tierra.

JUAN MANUEL

Que es Madrid, ¿no?

ELENA

Madrid, á mucha honra.

JUAN MANUEL

A toda la que usted quiera, porque también soy madrileño yo.

ELENA

¡Usted no es de ninguna parte!

JUAN MANUEL

Puede que tenga usted razón. ¡Ay, si todo el mundo se pudiera encerrar en ese espejo! ¡Tápese usted los oídos, que le voy á decir cuatro locuras á esa fiera que nos está mirando!

ELENA

¡Formalidad, eh, formalidad!

JUAN MANUEL

Sí, señora, ¡qué remedio me queda!

ELENA

Siéntese usted *(El va á sentarse muy cerca de ella)*; no, ahí no; en la butaca, y hábleme usted de cosas correctas.

JUAN MANUEL

¡Ay, cómo la he querido á usted, Elena!

ELENA

Menos mal, ya suspira usted en pasado.

JUAN MANUEL

Por ver si me convenzo á mí mismo de que no hay porvenir posible. Dígame usted, Elena, ¿por qué nos tiene usted esa rabia á los hombres?

ELENA

Si no es rabia.

JUAN MANUEL

Bueno, esa desoladora indiferencia.

ELENA

Porque para una vida basta con uno, créamelo usted á mí. *(Se ríe.)*

JUAN MANUEL

Eso es lo único que me consuela, oirla á usted reirse del amor, y pensar que todos estamos iguales.

ELENA

Completamente iguales; es decir, hay algunos, como usted, á quienes querría yo escandalosamente, si no tuviera miedo de que tomaran ellos el rábano por las hojas; porque los hombres son ustedes más presumidos que una mona, y meten ustedes la patita con una facilidad que asusta; ¿de qué se ríe usted?

JUAN MANUEL

De que si no dijera usted de cuando en cuando meter la patita, dar la lata, tomar el pelo y otras .. frivolidades por el estilo, sería usted una mujer perfecta.

ELENA

Sí, pero no sería yo.

JUAN MANUEL

Tiene usted razón: diga usted lo que quiera.

ELENA

(Viendo que AGUSTINA *asoma la cabeza por entre la cortina.)* Pasa, pasa. ¿Se acabó ya el correo?

AGUSTINA

Ya... y cumplí tu encargo. Buenas tardes.

JUAN MANUEL

Muy buenas, señorita. ¿Usted me hace el honor de recordar mi insignificante persona?

AGUSTINA

Ya lo creo; no tengo tan mala memoria: en doce horas que hace que nos hemos visto.

ELENA

El señor no quiere creer que eres hija mía.

AGUSTINA

Eso prueba que no me parezco á ti. *(Se coloca al lado de su madre.)*

JUAN MANUEL

No... es decir... puede... déjeme usted que la mire despacio.

AGUSTINA

¡Tiene gracia!

JUAN MANUEL

En las facciones, no... no mucho; pero en la expresión, en lo que va por dentro, ¡esa chispa burlona que se le enciende á usted en los ojos, porque su madre de usted es muy burlona!

ELENA

¡No lo sabía!

AGUSTINA

Pues yo no lo soy.

JUAN MANUEL

Entonces, ¿por qué se ríe usted ahora mismo?... Sí, sí, de bastante le sirve á usted apretar los labios... le sale á usted la risa por los ojos.

AGUSTINA

Me río porque estoy contenta.

JUAN MANUEL

¿De estar en Madrid?

AGUSTINA

De estar con mi madre.

ELENA

¡Dios te bendiga! ¡Huy! *(La abraza apasionadamente.* AGUSTINA *se aparta riéndose, pero un poco confusa.* JUAN MANUEL *se frota las manos y sonríe para ocultar también un poco de turbación.)*

PURA

(Desde la puerta.) Niña, ahí está el modisto, que dicé que te viene á probar el traje; que si puedes ahora, que si no volverá, que tiene mucha prisa.

ELENA

Sí, sí; ahora mismo.

(Sale PURA.)

JUAN MANUEL

Aquí estoy yo de más.

ELENA

Al contrario; espérese usted, que voy á ponérmelo: es para madame Butterfly, y usted, que ha es-

tado en el Japón, me puede dar consejos. *(El se inclina asintiendo.)* Hablen ustedes alto, que les oigo; dejaré la puerta entornada. *(Sale.)*

AGUSTINA

(Después de una pausa.) Qué buena es mi madre, ¿verdad?

JUAN MANUEL

¡Demasiado!

AGUSTINA

¿Por qué demasiado?

JUAN MANUEL

(Se acerca á ella.) Por nada. Usted perdone.

AGUSTINA

¿De veras, de veras ha estado usted en el Japón?

JUAN MANUEL

Dos años seguidos. ¿Le sorprende á usted?

AGUSTINA

Es que hay países que parece que no pueden estar más que en el mapa. ¡Tan lejos, tan extraños como deben ser! ¿Y en la India, ha estado usted también?

JUAN MANUEL

También.

AGUSTINA

Una vez leí yo un cuento de Ceylán: ¿Es verdad que huele muy bien el aire, mucho antes de acercarse á la isla?

JUAN MANUEL

Sí, es verdad, sí.

AGUSTINA

¡Dios mío! *(Juntando las manos.)* ¿Y ha estado usted en Cuba?

JUAN MANUEL

Dos veces.

AGUSTINA

¿Y en Norte-América?

JUAN MANUEL

En Norte-América... y en Australia... y en Rusia...

AGUSTINA

¡Qué frío!

JUAN MANUEL

Sí; en invierno.

AGUSTINA

Es verdad. *(Se ríe.)* ¡Qué tonta soy! ¿Qué es usted que ha viajado tanto?

JUAN MANUEL

Diplomático por oficio y vagabundo por vocación.

AGUSTINA

No es mala la vocación.

JUAN MANUEL

¿Le gusta á usted más que el oficio?

AGUSTINA

Qué sé yo. Eso de diplomático también parece cosa sólo de novelas.

JUAN MANUEL

¿Usted lee novelas?

AGUSTINA

Muchísimas.

JUAN MANUEL

¿Y le gustan á usted?

AGUSTINA

Unas sí y otras no.

JUAN MANUEL

¿Las de amor?

AGUSTINA

¿Las de amor? Sí... también... cuando están en cartas ó finge que las cuenta el interesado, porque entonces parece que son más verdad: Werther me gusta. ¿A usted no?

JUAN MANUEL

Muchísimo.

AGUSTINA

Como sonreía usted así.

JUAN MANUEL

No era por eso: es que cuando le he preguntado á usted si le gustaban las novelas de amor, ha dicho usted: también, y estaba pensando...

AGUSTINA

¿Que cuáles serán las que más me gusten? Si se lo digo á usted, sí que se ríe usted de veras.

JUAN MANUEL

¡No, no!

AGUSTINA

Es que es un gusto raro, de chico; las novelas que más me gustan de todas las que he leído en mi vida son las de aventuras del capitán Mayne Red, *¡El llano estacado! ¡El lejano Oeste!* Por eso le he preguntado á usted si ha estado en América del Norte; por saber si había usted visto pieles rojas de carne y hueso.

ELENA

(Dentro.) ¿De qué hablan ustedes?

AGUSTINA

De los pieles rojas, mamá.

ELENA

(Dentro.) ¡Jesús, Ave María! ¡Qué ridiculez!

AGUSTINA

A mí me gustaría correr mundo, aunque fuese en un carro.

JUAN MANUEL

Pues á viajar tocan.

AGUSTINA

Me parece que no... Mi padre es muy aficionado á estarse quieto; á sus años no va á cambiar de gustos.

JUAN MANUEL

Cuando se case usted...

AGUSTINA

(Con alegría.) ¿Le ha dicho á usted mi madre que me voy á casar?

JUAN MANUEL

Por lo menos que está usted en camino.

AGUSTINA

Pues aunque me case... Manolo...

JUAN MANUEL

No se ruborice usted al pronunciar el nombre; de algún modo tenía que llamarse.

AGUSTINA

Si no me ruborizo; el tener novio no es ningún pecado.

JUAN MANUEL

No; pero es casi una novela de esas que á usted

le gustan. Según mis noticias, dignas de crédito, por venir de parte interesada, se ha puesto hoy más difícil encontrar un marido en España que cazar á lazo un caballo salvaje, en las vastas llanuras de Tejas. *(Declamando.)*

AGUSTINA

¡Ja, ja, ja!

ELENA

(Dentro.) Niña, ¿de qué te ríes?

JUAN MANUEL

De lo difícil que es cazar un novio.

AGUSTINA

¡No hagas caso, mamá!

ELENA

(Dentro.) Están ustedes de remate.

JUAN MANUEL

¿Sale esa maravilla?

ELENA

(Dentro.) ¡Ya va, ya va!

JUAN MANUEL

¿Y va usted á estarse aquí mucho tiempo?

AGUSTINA

No sé; todo depende de lo que mamá decida; porque no sé si sabrá usted que yo he venido...

JUAN MANUEL

Con la sana intención de robárnosla; sí, señora, lo sé, y permítame usted que le diga que eso es un egoísmo refinado.

AGUSTINA

No es egoísmo; es que mi padre va á estar muy solo el pobre.

JUAN MANUEL

Quédese usted con él.

AGUSTINA

Es que entonces va á estar solo mi novio.

JUAN MANUEL

Ya. ¿Usted le quiere mucho?

AGUSTINA

¿Y usted á su novia?

JUAN MANUEL

¡Yo no tengo novia!

AGUSTINA

¡Anda, que no!

JUAN MANUEL

Palabra.

AGUSTINA

Pero la habrá tenido usted.

JUAN MANUEL

Novia... nunca.

AGUSTINA

¿A sus años no ha querido usted á nadie?

JUAN MANUEL

Sí, señora, he querido; pero no todos tenemos la suerte de tropezar de golpe y al empezar la vida con la media naranja; eso se queda para algunas niñas que nacen de pie, y el día en que rompen la primera muñeca para ver lo que tiene dentro, se encuentran, sencillamente, con la felicidad.

AGUSTINA

No tan sencillamente como usted se figura. Todos tenemos nuestras penas.

JUAN MANUEL

No tenga usted miedo: todo se arreglará; la for-

tuna hace trampas, si es preciso, para favorecer á las niñas formales que no le piden más que un buen marido. Quierá usted mucho al suyo.

AGUSTINA

¡Ah, ya lo creo!

JUAN MANUEL

Tenga usted cuatro ó cinco bebés para perpetuar la lumbre de esos lindos ojos; y si alguna noche, al sentir el viento en la ventana ó el ruido del mar, sueña usted con viajes á tierras lejanas, siempre le quedará á usted el recurso de releer una novelita.

AGUSTINA

(Con enfado.) Sí, ó de mirar vistas en un estereóscopo.

JUAN MANUEL

¿En su pueblo de usted, no hay siquiera cinematógrafo?

AGUSTINA

(Levantándose.) No, señor; ni falta.

JUAN MANUEL

¡Ah! Pero, ¿se ha enfadado usted conmigo?

AGUSTINA

Yo, ¿por qué?

JUAN MANUEL

Eso pregunto yo. ¿Por qué?

AGUSTINA

Porque me quiere usted hacer rabiar.

JUAN MANUEL

Es verdad; perdóneme usted, míreme usted. ¿Las paces? Sin rencor.

AGUSTINA

Bueno *(Le da la mano);* pero no se figure usted que soy tan chiquilla como parezco.

JUAN MANUEL

(Besándole la mano, por lo cual ella hace un gesto de sorpresa.) ¡Es usted la mujer más mujer que he conocido nunca!

(Salen, ELENA, *con un elegantísimo traje japonés, la* PURA *y el* MODISTO.)

AGUSTINA

¡Ay, mamá!

JUAN MANUEL

(Aplaudiendo.) ¡Bravo, bravísimo!

(El MODISTO *saluda como un autor ante el público.)*

ELENA

¡Este hombre va á ser mi perdición!

MODISTO

¿Yo? ¡Jesús! Ya sabe usted, Elenita, que no soy tirano. Sobre que á una mujer como usted la vestiría uno de balde.

ELENA

¡No me lo dirás dos veces!

MODISTO

¡Todas las que usted quiera! ¡Qué línea! ¡Qué movimiento en esos pliegues! ¡Parece que ha nacido usted vestida!

ELENA

¡Ja, ja, ja!

MODISTO

Porque es lo que yo digo: A mí, denme ustedes una mujer que sepa arrugar una tela. ¡Eso es ser mujer! Porque las hay ¡Jesús! que parece que siempre acaban de estrenar la ropa. ¡Y eso no es, no es! El traje debe tener contacto con el cuerpo, acariciarlo, revelarlo con indiscreción discreta. Es lo que yo digo: un vestido, no es una coraza, no es un aislador: es un complemento, un amigo, ¡eso es, un amigo íntimo y complaciente!

ELENA

Bueno, no sigas por esos caminos que son un poquitito escabrosos.

MODISTO

¿Escabrosos? ¡Jesús! ¿Quién se va á escandalizar aquí por una teoría de arte?

ELENA

(A JUAN MANUEL.) ¿Le gusta á usted de veras? ¿Está *propio?*

JUAN MANUEL

¡Completamente *propio!*

MODISTO

¡Eso no había que preguntarlo! Conmigo la propiedad ante todo. No soy yo como esos artistas franceses que se permiten fantasías en la interpretación de un personaje. Y eso de sobra lo sabe Elenita, que tiene el buen gusto de vestirse con un español. Porque es lo que yo digo: A donde llegue el más pintado, en materia de gusto, llego yo, y, sobre todo, que para ser lo que yo soy, no es menester haber nacido en Francia. ¿De que se ríe la señorita? (AGUSTINA *se ríe y no responde.)* También ella sabe llevar la ropa, también... un poquito de rigidez todavía, muy natural, por eso no me gusta trabajar con muchachas solteras... pero habrá que verla ves-

tida por mí después del matrimonio... porque es lo que yo digo: la flexibilidad está en la masa... ó no está en la masa.

ELENA

Sí, sí aquí todos somos muy flexibles; pero cállate ya.

AGUSTINA

¡Ay, qué bonito! *(Viendo un kimono, que extiende la* PURA.)

MODISTO

Póngasele la señorita, póngasele; de seguro le va que ni pintado.

(AGUSTINA *mira el kimono y le acaricia con un poco de timidez, sin atreverse á ponérsele.)*

ELENA

Póntele, póntele.

(AGUSTINA *se pone el kimono, ayudada solícitamente por* JUAN MANUEL.)

AGUSTINA

No, si puedo yo sola, muchas gracias. ¡Ay, con un traje así, parece que á una le han nacido alas por todo el cuerpo.

MODISTO

A eso le llamo yo comprender un traje. ¡Qué sencillez, qué facilidad! ¿Me hace usted el favor de dar una vuelta? Dos pasos... otros dos... ¡Jesús, y que no está Elenita satisfecha viendo á la niña tan reteguapísima! Aunque es lo que yo digo: blasfemia, blasfemia decir que esta mujer es madre de esta otra. ¡Mírelas usted juntas! ¡Qué primor! Son dos mitades de una misma perla.

ELENA

¡Ja, ja, ja! Si te dejan hablar, no te ahorcan. ¡Vaya una cuenta que me vas á poner!

MODISTO

¡Jesús!

JUAN MANUEL

Bravo, bravísimo; ha estado usted muy bien.

AGUSTINA

¡Ay, madre, madre, qué contenta estoy! *(La abraza.)*

(Todos hablan á un tiempo y en voz alta, armando mucho ruido.)

MANOLO

(Apareciendo en la puerta.) ¿Se puede?

(Asombro general.)

ELENA

¿Eh, quién?

AGUSTINA

(Corriendo hacia él.) ¡Manolo!

JUAN MANUEL

(Con mal humor.) ¡El novio!

(El modisto le mira de arriba abajo, y hace una mueca, poco satisfecho de su elegancia provinciana.)

PURA

¡Buen mozo sí es!

AGUSTINA

(Con gracioso rubor.) Madre... aquí está Manolo.

ELENA

(Acercándose, con forzada amabilidad.) Muy señor mío...

MANOLO

(Que mira en derredor con cierto asombro, al ver el jaleo de ropas por el suelo, cartones, el tipo del modisto y á ellas vestidas de japonesas.) ¡Señora!

AGUSTINA

Pero, ¿cómo has entrado?

MANOLO

La puerta estaba abierta; he llamado tres veces, no ha contestado nadie...

PURA

¡Como si lo viera: ya estará esa tarasca en el portal, hablando con el novio! *(Echa á correr y sale.* MANOLO *la mira salir con más asombro todavía.)*

MANOLO

Y he venido hasta aquí guiado por el ruido: usted perdone si llego en mal momento.

ELENA

En mi casa, todos los momentos son iguales.

AGUSTINA

¡Mamá!

ELENA

Quiero decir que todos son buenos. Siéntese usted. *(Quitando trastos de una silla.)*

(AGUSTINA *se ha quitado el kimono con cierta confusión y se le da al modisto, que le dobla con reverencia.)*

AGUSTINA

¿A qué has venido?

MANOLO

A verte.

ELENA

Es el novio de mi hija. *(Al modisto.)*

MODISTO

Por muchos años.

AGUSTINA

¡Ja, ja, ja, ja!

MODISTO

¡Jesús! Quiero decir por muchos años dure el amor que ustedes se tengan.

MANOLO

Gracias.

ELENA

Usted perdone que le deje un instante; voy á quitarme esto; estábamos de prueba; vuelvo en seguida. Vamos, Ramírez.

MODISTO

Voy, Elenita, voy. Caballero, á sus órdenes, y

enhorabuena de todo corazón. No sabe usted lo que se lleva, porque es como digo: ¡Una mujer con línea y que sabe vestirse! ¡Media felicidad asegurada!

ELENA

¡Vamos!

MODISTO

Ya voy, ya voy. ¡Quién fuera ellas para llevar encima tanta cosa bonita!

(Sale el MODISTO.)

JUAN MANUEL

Yo también me marcho. Buenas tardes, Elena.

ELENA

Adiós; hasta la noche.

(Sale ELENA.)

AGUSTINA

(Que estaba hablando confidencialmente con el novio.) Usted perdone.

JUAN MANUEL

De nada; la felicidad es egoísta...

AGUSTINA

¡Bah! Voy á presentarles á ustedes: Manolo, Ma-

nuel de la Fresneda. *(Disimulando el rubor con un gesto de malicia.)* Mi... novio. (JUAN MANUEL *se inclina.)* Juan Manuel... Juan Manuel...

JUAN MANUEL

Juan Manuel Lorenzana.

AGUSTINA

¡Ay, Dios mío!

JUAN MANUEL

No se apure usted. ¿Qué importa un apellido en este siglo de anarquía trunfante? A sus órdenes.

MANOLO

Tanto gusto... *(Pausa.)*

JUAN MANUEL

Buenas tardes.

MANOLO

Muy buenas.

JUAN MANUEL

Adiós, mujer feliz... no se moleste usted, que conozco el camino.

(Sale JUAN MANUEL.*)*

AGUSTINA

Adiós, Juan Manuel. *(Tiene un momento la cortina y luego se vuelve muy contenta.)* ¡Ay, qué alegría! ¿Cuándo has llegado? ¿Cómo se te ha ocurrido darme esta sorpresa? Pero, ¿qué te ocurre? ¿Qué cara pones?

MANOLO

¿Yo?

AGUSTINA

Sí, tú; parece que estás incomodado.

MANOLO

Incomodado, no; sorprendido.

AGUSTINA

¡Ah! ¿De qué?

MANOLO

¿Te parece muy correcto que así, de buenas á primeras, nos hayan dejado solos?

AGUSTINA

¡Ja, ja, ja! ¡Infeliz! ¡Quéjate por estar solo conmigo!

MANOLO

No es por eso.

AGUSTINA

Y porque mi madre te demuestre que tiene confianza en ti.

MANOLO

No me conoce.

AGUSTINA

Te conozco yo, y basta.

MANOLO

Ahora eres tú la que te enfadas.

AGUSTINA

Naturalmente. Vienes á verme y empieza á parecerte mal todo.

MANOLO

Sí, Agustina, muy mal. ¿Qué hacíais aquí vestidas de máscaras?

AGUSTINA

¡De máscara! Es que mamá se estaba probando el traje para la ópera.

MANOLO

Ya, y tú también.

AGUSTINA

Yo... me había puesto el kimono por juego, por broma.

MANOLO

Sí, ya veo que estabais muy divertidas con esos dos tipos.

AGUSTINA

¿Qué tipos?

MANOLO

Esos... El Juan Manuel y el otro.

AGUSTINA

Juan Manuel no es un tipo: que es un muchacho muy elegante y muy bien educado y muy fino, que es diplomático y ha estado en las cinco partes del mundo.

MANOLO

Pues podía haberse quedado en cualquiera de las otras cuatro.

AGUSTINA

¡Ah! ¿Pero no cabéis los dos en Europa?

MANOLO

¡Qué gracia! ¿Y el otro?

AGUSTINA

El otro es el modisto. ¿También te molesta?

MANOLO

Me es indiferente. Pero ya podía tu madre vestirse con una mujer.

AGUSTINA

Da lo mismo. ¡Ja, ja, ja, ja!

MANOLO

¿Por qué te ríes?

AGUSTINA

(Seria.) Por no llorar.

MANOLO

¡Agustina!

AGUSTINA

No sé á qué has venido.

MANOLO

Ya te lo he dicho: á verte.

AGUSTINA

¡Y á atormentarme!

MANOLO

No, Agustina. Perdóname. ¡Es que no sabes cómo te quiero!

AGUSTINA

Sí, lo sé, sí...

MANOLO

Desde que viniste, no vivía; todo el día pensando: ¿qué hará en este momento? ¿dónde estará? ¿con quién estará hablando? No podía arrancarme del pensamiento la cara de satisfacción que pusiste al subir al tren. ¡Y ahora vengo porque no puedo estar un día más sin verte, y te encuentro como yo me temía, tan contenta!

AGUSTINA

¿Cómo quieres que esté? Con mi madre, viendo tantas cosas que no había visto nunca; todo el mundo me trata bien, voy á todas partes.

MANOLO

Y en todas te encuentras tan á gusto sin mí.

AGUSTINA

¿Por qué me dices eso? En todas partes pienso en ti, y siempre que lo paso bien, digo: ¡qué alegría si estuviera á mi lado! ¡si viera esto, si oyera que me dicen esto otro! Así te quiero yo: ¿está mal?

¿Quieres que esté todo el día triste? Algunos ratos también lo estoy; es decir, triste del todo, no... una pena suavecita, una inquietud, como si me faltara algo, ¡y debe ser que me faltas tú!

MANOLO

¡No estás muy segura!

AGUSTINA

No mereces que lo esté, no. ¡Mira que enfadarte porque yo esté contenta!

MANOLO

Si no es eso, no es eso.

AGUSTINA

Pues ¿qué es?

MANOLO

Que tengo miedo.

AGUSTINA

¿De qué?

MANOLO

De ti: que te dejes llevar por todo el mundo. ¡Eres tan criatura!...

AGUSTINA

¡También tú!

MANOLO

¿Cómo también yo? ¿Quién más te lo ha dicho?

AGUSTINA

Nadie.

MANOLO

¡No es verdad!

AGUSTINA

¡No es verdad! *(Se ríe.)* Me lo estaba diciendo... hace un momento Juan Manuel.

MANOLO

Mucha intimidad tienes tú con un hombre que ni siquiera sabes cómo se llama.

AGUSTINA

Buena educación. Es amigo de mi madre.

MANOLO

¡Ya! Si á todos los amigos de tu madre vas á permitirles las confianzas que, por lo visto, se toma ese caballerito...

AGUSTINA

¡Confianzas, y es la segunda vez que hablo con él!

MANOLO

Pues eso es lo que á mí me desatina.

AGUSTINA

¡Que hable con él!

MANOLO

Que á los dos días de conocerle ya haya entre él y tú un aire de complicidad como si hubieseis pasado la vida juntos.

AGUSTINA

¡Complicidad!

MANOLO

No disputemos por palabras; ¡compañerismo!, peor que peor...

AGUSTINA

Es que él es...

MANOLO

Muy simpático. ¡Ya lo sabemos!

AGUSTINA

¡Manolo!

MANOLO

¡Y yo, muy antipático! Es natural: él vendrá á esta casa á divertirse con tu madre.

AGUSTINA

¡Jesús!

MANOLO

Contigo... con lo que se presente. Son muy amables estos niños golfos, ¿verdad? En cambio, yo te quiero con toda mi alma, desde siempre, para siempre; por eso soy odioso, antipático, porque te quiero sólo para mí, con celos, sí, con celos, ¡qué vamos á hacerle! ¡El que no tiene celos, no quiere de veras!

AGUSTINA

Nunca los has tenido...

MANOLO

Nunca te los he dicho, porque me da vergüenza de mí mismo tenerlos, porque es quererte demasiado...

AGUSTINA

¡Vergüenza te da quererme mucho ahora!

MANOLO

¡No trastornes las cosas, Agustina!

AGUSTINA

Es que no te entiendo.

MANOLO

Porque no me quieres entender...

AGUSTINA

No te enfades. Perdóname... tienes razón, es decir, no sé si la tienes; pero sí la tendrás, porque siempre la has tenido conmigo... tú sabes más que yo... Sí, soy muy loca; á mi madre se lo estaba diciendo hace un rato... Pero no tengas celos, porque te digo yo que es una tontería, ¡y de Juan Manuel! mucho menos. ¡Ni ocuparse de mí! Tú lo dices: es un hombre de otro mundo que el mío, ha viajado tanto, ha visto tantas cosas... ¡qué voy á ser yo para él!

MANOLO

¡Eso creerás tú!

AGUSTINA

No te enfades, ¿qué quieres que haga? Además que, si he venido aquí, no ha sido por mi gusto, sino porque os habéis empeñado tu padre y tú, y el mío; pero si quieres, me marcho ahora mismo, ¡y aunque no quieras! Porque tú no te puedes figurar... ¡Jesus mío!... De ti, de mi cariño hemos estado hablando todo el tiempo. ¡Eres muy injusto, Manolo, muy injusto conmigo! *(Llora.)*

MANOLO

No llores, no llores... perdona tú también... Agustina, mírame... Agustina...

ELENA

(Entrando ya vestida de casa.) ¡Ea, ya estoy aquí! Pero, ¿qué es esto? ¿Llorando tú? ¿Qué pasa? *(Encarándose con* MANOLO, *como si le quisiera arañar.)* ¿Qué le ha dicho usted?

MANOLO

Señora, yo...

AGUSTINA

No, mamá, si no tiene él la culpa: he sido yo; pero no es nada, nada, no te apures...

ELENA

¿A esto ha venido usted? Pues podía usted haberse ahorrado el viaje.

MANOLO

No, señora... es que Agustina es muy impresionable... demasiado... y ha tomado de un modo cuatro observaciones que le he hecho...

ELENA

¡Observaciones ya! Sí que adelanta usted los acontecimientos.

MANOLO

Señora, permítame usted que le diga que en esta cuestión sólo Agustina tiene derecho á quejarse.

AGUSTINA

Madre... Manolo...

ELENA

No faltaría más sino que aquí, un caballerito con sus manos lavadas, se permitiese venir á mi casa á darle un disgusto á mi hija. No llores tú, mi alma, no le hagas caso á nadie, que aquí está tu madre para defenderte.

MANOLO

Hasta ahora Agustina no ha necesitado que su madre venga á defenderla.

ELENA

Pues vea usted; puede que ahora lo necesite.

AGUSTINA

Mamá.

ELENA

No te sofoques, que no llega la sangre al río. ¡Y usted no ponga cara de traidor en el tercer acto! Hablar por hablar; siéntese usted. *(Los tres se*

sientan.) ¿Está usted bueno? Y mi marido, ¿siempre en su concha y siempre tan simpático?

MANOLO

No, señora...

ELENA

¿No? Vaya, pues lo siento.

MANOLO

Quiero decir que no está en el pueblo... que ha venido conmigo...

AGUSTINA

¿Que ha venido papá? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

ELENA

Mujer, porque tenía que aprovechar el tiempo para hacerte esas cuatro observaciones... ¿Y cómo no ha venido con usted? ¿Me tiene miedo?

MANOLO

No, señora. *(Ella da un suspiro, como diciendo: ¡más vale así!)* Vendrá... vendrá... dentro de un rato... no sabe siquiera que me he adelantado yo.

ELENA

Comprendo: usted ha querido explorar el terreno;

los provincianos son ustedes muy cucos; conozco el paño... Usted será abogado, ¿verdad?

MANOLO

Sí, señora; pero no sé qué tenga que ver...

ELENA

Nada, nada; también mi marido lo era. ¿Ejerce ahora?

MANOLO

No, señora...

ELENA

¡Ya! ¿Sigue tan aficionado á la música?

MANOLO

A la buena música, sí, señora.

ELENA

Por supuesto... á la buena. A usted le gusta mucho también. Ya me lo ha dicho esta infeliz, que además tiene una voz preciosa. ¡Como que quiero que cante un día de estos en un concierto de caridad!

AGUSTINA

(Muy asustada.) No hagas caso; son bromas de mamá.

ELENA

¡Qué pava eres, hija! ¿Usted quiere quedarse á tomar el te con nosotras? *(En tono que dice: márchese usted.)*

MANOLO

No, señora, no; muchas gracias, me retiro.

ELENA

Vaya, lo siento tanto. Ya sabe usted que esta casa es muy suya; mientras Agustina esté aquí, puede usted venir cuando quiera, porque, aunque ella es demasiado joven para noviazgos, no me gusta que esté haciendo el tonto por los balcones. *(Levantándose.)* Buenas tardes.

MANOLO

Muy buenas.

ELENA

Hasta la vista. No tardes tú mucho, que ya sabes que vamos á salir. Tanto gusto... *(Sale.)*

MANOLO

Pero esta señora... ¿qué se ha figurado?

AGUSTINA

Es que tú también has estado un poquito desagradable.

MANOLO

¡Yo!

AGUSTINA

¡Tú! ¿No lo has notado?

MANOLO

Ahora tienes tú ganas de broma.

AGUSTINA

¿Quieres armar cuestión otra vez, alma mía?

MANOLO

¡Alma mía!

AGUSTINA

¿Prefieres que te llame mi adorado tormento?

MANOLO

¡Agustina! *(Ya muy enfadado.)*

AGUSTINA

(Con resignación, renunciando á la broma.) ¡Válgame Dios, hijo, qué mala hierba debes haber pisado esta mañana!

PURA

(Dentro.) Pase usted, pase usted, que aquí mismo

estaba hace un momento. *(Levanta la cortina y se queda sosteniéndola, mientras entra* DON ENRIQUE, *y mirándole como si dijera: Ya está aquí éste, ya no hay remedio, qué le vamos á hacer; luego se marcha.)*

DON ENRIQUE

(Con aire entre timidez y socarronería.) ¿Se puede?

AGUSTINA

¡Ay, papá! *(Corre á él y le abraza: él, aunque muy contento de verla, la separa un poco y se arregla los desperfectos que en la compostura del traje ha causado el abrazo.)*

DON ENRIQUE

Buenos días, hijita. ¡Tú por aquí, Manolo! ¡Impaciente está el tiempo; es natural, es natural!

AGUSTINA

Pero, papá, ¡qué elegante te has puesto!

DON ENRIQUE

Hijita mía, Madrid es Madrid; en el pueblo todo está bien... además viene uno de visita.

AGUSTINA

¡Ja, ja, ja! De visita...

DON ENRIQUE

Tú también estás muy compuesta; déjame que te mire. ¡Si pareces otra! Elegante, elegante, ¿eh, Manolo?

MANOLO

Sí, no se habrá arruinado en tela para enaguas. ¡Ceñidito ya está!

DON ENRIQUE

¿De eso te quejas?

MANOLO

Ya no te falta más que ir descotada.

AGUSTINA

No me falta, porque ya he ido... *(Muy satisfecha.)*

MANOLO

¿Cuándo?

AGUSTINA

Anoche, á una cena que dieron en honor de mi madre... después de la función, ¡y no se me comió nadie!

MANOLO

¡Ay, Don Enrique, me parece que aquí estamos nosotros de más!

DON ENRIQUE

¿Cómo?

MANOLO

Yo por lo menos; su... señora de usted, acaba de ponerme de patitas en la calle. Por lo cual me marcho. Hasta más ver.

AGUSTINA

Oye... no te marchas disgustado conmigo, ¿verdad?

MANOLO

No, ni contigo ni con nadie.

AGUSTINA

Oye... que vayas esta noche al teatro...

MANOLO

Para hacer el cadete, ¿verdad?, contemplándote desde una butaca.

AGUSTINA

No, hombre, no... al cuarto de mamá, con nosotras.

MANOLO

¿Para que me vuelva á mandar á paseo?

AGUSTINA

¡Haz lo que quieras! Vienes insufrible. *(Sale* MANOLO.)

(El padre pasea muy nervioso.—No les ha hecho caso después de las primeras palabras, en que ha procurado fingir serenidad y broma, porque está nerviosísimo y va de un lado á otro, mirándolo todo sin ver nada, preocupado de su traje, de su corbata, de su postura, y extraordinariamente emocionado.)

AGUSTINA

Pero, papá, ¿qué le pasa á Manolo?

DON ENRIQUE

Nada... no lo sé... no te apures... ¿dónde está tú madre?

AGUSTINA

Ahí dentro, ¿quieres que la avise?

DON ENRIQUE

Sí..., no...; es decir, sí... avísala...

AGUSTINA

Ya sabe que haś venido; se lo ha dicho Manolo; voy á llamarla.

DON ENRIQUE

Espera. ¿Estoy bien?

AGUSTINA

¿De qué?

DON ENRIQUE

No... no hagas caso... ¡No me cuentas nada!

AGUSTINA

¡No me preguntas nada!

DON ENRIQUE

¿Estás contenta?

AGUSTINA

Sí... porque mamá es muy buena, muy buena conmigo; pero traéis todos una cara tan particular...

DON ENRIQUE

¿Todos? ¿Quién?

AGUSTINA

Tú y Manolo. Y te advierto que mamá también está muy nerviosa... Manolo ha tenido la culpa. ¡Yo no sé á qué ha venido, ni en qué va á parar esto!

DON ENRIQUE

Oye, ¿tu madre te ha hablado de mí?

AGUSTINA

Sí... algunas veces.

DON ENRIQUE

¿Y qué dice? (AGUSTINA *va á hablar.)* No, no me cuentes nada. Avísala y déjanos solos.

AGUSTINA

Ya lo creo... Ya te he dicho que está un poco... nerviosa...

DON ENRIQUE

Sí, sí... No importa... anda.

AGUSTINA

¡Ay, Dios mío! Me parece que yo no me caso.

(El se queda solo y pasea preocupadísimo, empezando frases como si se preparara á un discurso, mirándose en todos los espejos, cogiendo muñequitos y retratos de encima de los muebles y volviéndolos á dejar sin haberlos visto: tan trastornado está que, cuando ella entra, no la ve, y ella se le queda mirando largo rato con curiosidad, primero hostil y luego, á pesar suyo, cariñosa; por fin se decide á saludarle, y él, al oirla, da un salto y deja caer el muñequito que tiene en la mano.)

ELENA

Buenas tardes, Enrique.

DON ENRIQUE

(Dominándose, después de recoger el muñequito que se le ha caído.) Buenas tardes, Elena.

(Pausa; él tose y la mira de lejos; ella le mira con cierta sorpresa.)

ELENA

¿No te acercas? *(El se acerca.)* ¿No me das la mano... siquiera de amigos? *(El le da la mano, después de quitarse un guante.)* ¡Abrázame, hombre, que no me como á nadie! *(El se frota las manos con bastante apuro, y al cabo la abraza con cierta precaución, después de haberse quitado el otro guante.)* ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Más fuerte, hombre, más fuerte, que, después de todo, somos marido y mujer! *(Al separarse, él se engancha los botones de la manga en el pelo de ella, y trabaja lo imposible por desengancharse, sin hacerla daño; pero como el pelo y la proximidad le conmueven más de lo regular, se arma un lío espantoso y pasa el gran apuro.)*

ELENA

¡Ay!

DON ENRIQUE

(Sonriendo para ocultar la turbación.) La falta de costumbre...

ELENA

¿De abrazar?

DON ENRIQUE

(Ya sereno.) De abrazarte.

ELENA

¡Ah, vamos! Siéntate. *(Pausa.)* ¿Qué me miras?

DON ENRIQUE

Estás muy cambiada.

ELENA

Lo cual quiere decir muy vieja.

DON ENRIQUE

No, por cierto; eso se queda para mí.

ELENA

Sí que tienes canas. Verdad es que me llevas siete años.

DON ENRIQUE

Muchos más: en cuanto se han cumplido los cuarenta, cada uno que pasa, vale lo menos dos.

ELENA

Treinta y ocho serán los primeros que cumpla yo.

DON ENRIQUE

Ya lo sé: el 19 de Septiembre.

ELENA

¿Todavía te acuerdas?

DON ENRIQUE

Sin querer, hija: siempre he tenido yo muy buena memoria.

ELENA

¿Habrás venido á ver á la niña?

DON ENRIQUE

No: he venido á buscar influencia para ganar un pleito, cuestión de unas tierras; en los pueblos siempre estamos lo mismo, y quiero que las cosas queden bien arregladas antes de que la niña se case.

ELENA

¡Si se casa!

DON ENRIQUE

Naturalmente... ¡si se casa!

ELENA

Lo que es á mí, el novio me es soberanamente antipático.

DON ENRIQUE

Pues es muy buen muchacho.

ELENA

Te lo parecerá á ti.

DON ENRIQUE

Sí que me lo parece.

ELENA

Pues á mí no. Todo se lo sabe, todo se lo entiende. ¡Mi hija se merece mucho más!

DON ENRIQUE

Todos, por mucho que merezcamos, ó creamos merecer, tenemos que contentarnos con lo que nos den. Además, ¿quién sabe dónde está la felicidad?

ELENA

Es que no debe uno casarse hasta que esté seguro de encontrarla.

DON ENRIQUE

Ella dice que la ha encontrado.

ELENA

Porque le quiere, ¿verdad?

DON ENRIQUE

Así parece.

ELENA

¡Valiente razón!

DON ENRIQUE

La única.

ELENA

¡Como si bastara quererse para ser feliz!

DON ENRIQUE

¡Filosófica estás!

ELENA

Mira, á mí no me vengas con guasas ni con hipocresías, porque tengo yo muy malas pulgas; y además: al pan, pan, y al vino, vino. ¡A ver qué laberintos son éstos, y qué queréis de mí tú, tu hija, el novio de tu hija y el padre del novio de tu hija! Porque á mí no me digas que en todo esto no hay gato encerrado.

DON ENRIQUE

¿Qué gato va á haber? Los muchachos se quieren; y aunque á ti te parezca razón poco atendible, á mí, que quiero á mi hija, sin sentimentalismos, más que á nada en el mundo...

ELENA

A mi hija no la quiere nadie tanto como yo

DON ENRIQUE

Lo sé; lo único que te digo es que la quiero.

ELENA

Ya lo he oído: más que á nadie en el mundo.

DON ENRIQUE

Justo.

ELENA

Bueno, ¿y qué?

DON ENRIQUE

Pues nada: que por verla feliz, sería yo capaz de cualquier sacrificio.

ELENA

En vista de lo cual has decidido que me sacrifique yo, y me vaya á vivir al pueblo en tu compañía.

DON ENRIQUE

Otra peor pudieras tener.

ELENA

Y pregunta mi curiosidad: ¿Qué falta hago yo allí para que la niña se case?

DON ENRIQUE

Falta material, precisamente, ninguna.

ELENA

Entonces...

DON ENRIQUE

No sólo de pan vive el hombre, hija mía.

ELENA

Y en castellano, ¿qué quiere decir eso?

DON ENRIQUE

Que precisamente, como la familia del novio, por condiciones especiales...

ELENA

Esa es otra: no le faltaba más al angelito que ser hijo de cura.

DON ENRIQUE

Nadie elige padre; puede que valga más, porque las elecciones que hacemos en la vida suelen ser un poquito desacertadas.

ELENA

¿Eso va con segunda?

DON ENRIQUE

No, hija mía, no; quiero decirte que, como nuestra situación es algo anormal, ellos, ya ves...

ELENA

Ya veo: á ti te trae, por lo visto, completamente sin cuidado que yo vaya ó no vaya á vivir contigo... ¡Responde!

DON ENRIQUE

¿Qué quieres que te diga?

ELENA

¡La verdad!

DON ENRIQUE

¡Hace tanto tiempo que no nos la hemos dicho!

ELENA

Que también has perdído la costumbre, ¿eh?

DON ENRIQUE

Y como la primera vez que nos la dijimos nos dió tan mal resultado.

ELENA

Para mí no ha sido tan malo.

DON ENRIQUE

Sí, parece que lo has pasado bien por esos mundos...

ELENA

Perfectamente.

DON ENRIQUE

Lo celebro.

ELENA

Gracias... Bueno, ¿y dónde estábamos?

DON ENRIQUE

En si á mí me importaba ó dejaba de importarme el que tú consintieses ó no en olvidar las pocas ofensas que de mí para ti pueda haber habido, y venir á acabar la vida juntos.

ELENA

Bueno, ¿y en qué quedamos?

DON ENRIQUE

Elena: hace diez y nueve años que nos conocimos: yo era un estudiante.

ELENA

¡Y yo una chalequera!

DON ENRIQUE

Muy bonita, muy buena y muy alegre.

ELENA

Menos mal.

DON ENRIQUE

La justicia es justicia. Te quise mucho.

ELENA

Yo á ti también.

DON ENRIQUE

Y nos casamos.

ELENA

Contra viento y marea de toda tu empingorotadísima gente. Mira, eso todavía te lo estoy agradeciendo.

DON ENRIQUE

No hay de qué: me diste tú á mí mucho más que yo á ti. Vivimos un año casi en paz.

ELENA

Es que tú tenías un genio muy raro.

DON ENRIQUE

También tú.

ELENA

Y unos celos inaguantables.

DON ENRIQUE

¡Eso sí!

ELENA

Sin motivo.

DON ENRIQUE

Lo sé. Nos nació esta hija...

ELENA

¡Hija mía!

DON ENRIQUE

Y oyéndote cantar para callarla á ella, porque el ángel de Dios vino al mundo con mucho peor genio que tú y que yo, me enteré, y te enteraste, porque yo te lo dije, de que tenías una voz prodigiosa.

ELENA

También eso te lo agradezco. ¿Te acuerdas la primera vez que canté en público, en aquel concierto á beneficio de las víctimas de la inundación?

DON ENRIQUE

Me acuerdo.

ELENA

¡Dios mío, qué lejos está todo eso!

DON ENRIQUE

Tan lejos, que ya no sabe uno si fué verdad ó sueño. El caso es que te fuiste á buscar lo que te correspondía: la gloria y el provecho.

ELENA

Y que tú me dejaste marchar y no quisiste venir conmigo. ¡Eso sí que no te lo perdono!

DON ENRIQUE

Haces mal. Yo no tenía derecho á detenerte: esos derechos sólo los da el amor, y á ti, al menos entonces, todas esas cosas que te llamaban te interesaban más que yo.

ELENA

Y tú te quedaste porque lo que te tiraba era tu pueblo y tu dinero y tu comodidad, y porque eras un grandísimo egoísta.

DON ENRIQUE

Dios y yo sabemos por lo que me quedé. Quince

años hemos vivido así: tú dices que muy bien; yo, no demasiado mal; la música consuela de muchas cosas: ya ves tú si es ironía de la suerte: la música me separó de ti; la música me consoló de ti... verdad es que no ha sido la misma. *(Se levanta y coge algunos retratos.) La Bohemia... Madame Buterfly...* por lo visto Puccini es tu especialidad.

ELENA

¿No te vas á meter ahora con Puccini?

DON ENRIQUE

No, hija; me aburriría demasiado.

ELENA

Ya sé que tú quisieras que cantase Schumann á todo pasto en conciertos, ¿verdad?, vestidita de negro y con acompañamiento de órgano.

DON ENRIQUE

Por mí, puedes cantar *La viuda alegre.*

ELENA

No, si tú siempre me has tenido por la última palabra del credo.

DON ENRIQUE

Resquemores artísticos, no.

ELENA

Tiene gracia: diez y seis años sin acordaros del santo de mi nombre, y ahora que me necesitáis...

DON ENRIQUE

Así es la vida.

ELENA

Es que esa imposición es una estupidez.

DON ENRIQUE

Eso digo yo...

ELENA

Pero tú te haces cómplice de ella viniéndome á pedir...

DON ENRIQUE

A proponer, que no es lo mismo.

ELENA

¡Valiente negocio!... para mí.

DON ENRIQUE

Y para mí. Tanto vamos perdiendo el uno como el otro.

ELENA

No sé yo qué ibas tú á perder con que yo me fuera á vivir contigo.

DON ENRIQUE

La tranquilidad por lo menos.

ELENA

Ni que yo fuera alguna loca.

DON ENRIQUE

Todos tenemos nuestras genialidades; pero ¿qué no hará un padre por la felicidad de su hija?

ELENA

Te advierto que si voy es para deshacer esa boda ridícula.

DON ENRIQUE

Entonces no vayas.

ELENA

¿Tanto afán tienes de que se casen?

DON ENRIQUE

Yo, ninguno: ella.

ELENA

¡Ella, ella! Eres el hombre más desesperante que ha nacido de madre.

DON ENRIQUE

No te acalores, mujer, no te acalores. Yo te he hecho ver las cosas, te he explicado el asunto, te he dicho lo que puedes hacer. ¿No te conviene hacerlo? Llama á la niña y díselo, para que sepa que por mí no queda.

ELENA

¿Ahora querrás llevártela á toda prisa?

DON ENRIQUE

No por cierto. ¿Con quien va á estar mejor que con su madre? Mientras tú no te canses de tenerla y á ella le convenga seguir aquí...

ELENA

¿También me vas á hacer la misericordia de dejármela?

DON ENRIQUE

¿Quieres que me la lleve?

ELENA

(Furiosa.) Quiero que te vayas...

DON ENRIQUE

No digas dónde, porque tengo el billete de vuelta tomado y no puedo cambiar de dirección... por mucho que desee darte gusto.

ELENA

¡Agustina, Agustina... Agustina...!

AGUSTINA

Mamá... *(Entrando.)*

ELENA

Tu padre te llama.

AGUSTINA

¿Os habéis entendido ya?

DON ENRIQUE

Me parece que no, hija mía.

ELENA

¡Ah! ¿Te parece?

AGUSTINA

Y ¿por qué?

DON ENRIQUE

Hija mía, porque tu madre te quiere mucho, mu-

cho; pero, como ha corrido tanto mundo, tiene una idea del amor maternal muy distinta de esta sencillota y á la pata la llana que tenemos los que no hemos salido de entre las cuatro paredes—material y moralmente hablando—que nos vieron nacer. Nosotros, infelices, creemos que, puesto que los hijos no nos pidieron venir al mundo, estamos obligados á pagarles todas las ilusiones con que los engendramos, sacrificándonos por ellos cuando sea preciso; pero te repito que estas son ideas de gente atrasada. ¡Qué le vamos á hacer! Puede que sea tu madre quien esté en lo cierto. Con eso irás también aprendiendo tú á sufrir contrariedades y á resignarte con ellas, cosa que yo no he tenido valor de enseñarte hasta ahora. No creas, la resignación es una virtud ó una debilidad que, aunque ahora está muy desacreditada, tiene su lado bueno. No te aflijas. ¡Ea, no canso más, y hasta la vista! Cuando quieras volver á casa, escribes. Yo que tú, aprovecharía la ocasión para divertirme en Madrid unas cuantas semanas; ya sabes que en el pueblo hay pocas distracciones. Adiós, Elena; no te digo nada: mi casa es siempre tuya; y aunque no quieras venir á ella como dueña, como visita, si algún día quieres pasar allá un mesecito, descansando...

ELENA

¡Gracias!

DON ENRIQUE

No hay de qué. Es un caserón destartalado, pero tiene sus comodidades; yo soy amigo de pasarlo

bien, y el pueblo es bonitillo, con el mar y unos cuantos pinares. No está mal, no está mal, sobre todo ahora que viene el verano. Nada, hasta más ver.

ELENA

¿No quieres quedarte á comer con nosotras?

DON ENRIQUE

¡Imposible! Y lo siento; pero figúrate cómo estará aquel pobre muchácho... impaciente... angustiado, es natural, porque él quiere á la niña... la quiere...

ELENA

Si la quisiera tanto, no se le ocurriría imponer condiciones ridículas.

DON ENRIQUE

¡Pícara vida, pícara vida! Vaya, buenas tardes... no te molestes.

ELENA

Acompaña á tu padre, Agustina.

DON ENRIQUE

No es menester... soy de confianza.

AGUSTINA

Adiós, papá. ¡Hasta luego!

DON ENRIQUE

Hasta que tú quieras, hijita. Buenas tardes.

(*Sale* DON ENRIQUE.)

ELENA

¿Qué estás pensando ahí?

AGUSTINA

Que me marcho ahora mismo,

ELENA

¿Eh?

AGUSTINA

No he querido decírtelo mientras estaba papá delante, por no oiros disputar otra vez, pero me marcho: ya ves, ¿á qué seguir aquí más tiempo, para tomarte cariño, y tú á mí, y que luego nos cueste más separarnos?...

ELENA

¿Es decir que ahora á ti no te cuesta nada?

AGUSTINA

Sí me cuesta, pero ¿qué le vamos á hacer? Tú has sido un sueño mío, madre... y estos días que he pasado á tu lado, también; hay que despertar con un poco de dolor de cabeza...

ELENA

¿Tanto amor le tienes á ese mamarracho?

AGUSTINA

No es por eso... eso puede que se arregle: su padre no es ninguna fiera, y, como tú dices, si él me quiere tanto, aunque tú no vuelvas á casa, acabará por casarse conmigo... claro que hubiera sido tan bueno para mí que la felicidad me hubiese venido por tu mano... y luego por papá; aunque no me case, ¡si no me caso más!, quiero estar á su lado.

ELENA

Le quieres más que á mí, ¿verdad?

AGUSTINA

Sí, madre.

ELENA

Me gusta la franqueza.

AGUSTINA

Sí, madre; ya ves, quince años... solo conmigo; él me ha enseñado á hablar, á andar, á mirar las cosas, á quererte...

ELENA

¡Lo poco que me quieres!

AGUSTINA

Lo mucho que te quisiera querer.

ELENA

Y piensas que yo, porque vivía lejos... ¡No sabes tú las cosas que he dejado de hacer sólo porque estabas tú en el mundo!

AGUSTINA

Adiós, mamá; que me acompañe Pura... luego me mandáis el baúl.

ELENA

(Conmoviéndose.) ¿Crees que te voy á dejar marchar así, después de haber sabido lo que es tenerte al lado?

AGUSTINA

Adiós, mamá.

ELENA

¡Tan testaruda eres como tu padre! ¿Dónde vas? Para que el otro se dé tono con que si sacrificios ó si resignaciones. ¡Ven aquí! *(La coge la cabeza con las dos manos y la mira en los ojos. Con arrebato, medio de ternura, medio de rabia.)* ¡Ay, hijos, hijos! Voy á hacer por ti lo que no sería capaz de hacer nadie.

AGUSTINA

¡Madre! *(Con alegría.)*

ELENA

No es lo que tú te figuras, pero, en fin; tu padre me ha invitado á ir de visita: precisamente, pasada esta semana, tengo tres sin trabajo. ¡Iremos, probaré y te convencerás por tus propios ojos de que es imposible!

AGUSTINA

¡No, madre, no!

ELENA

Sí, hija, sí; me conozco y le conozco. Pero has venido á mí y no quiero que digas que te vas lo mismo que viniste.

AGUSTINA

¡Madre, qué buena eres y cuánto te voy á querer!

ELENA

No soy buena ni mala, ¡soy tu madre! Digo... Como que me va á enseñar á mí un hombre á querer á mi hija. *(Con grandísimo desprecio.)* ¡Un hombre! ¡Como si ellos supieran lo que es echar un hijo al mundo! ¡No faltaría más! ¡Nos veremos!

CAE EL TELON

ACTO SEGUNDO

Salón de casa hidalga, decorado y amueblado sin afectación de riqueza, pero con comodidad y buen gusto: hay chimenea de campana, divanes, mesas para leer y escribir, estantes con revistas y libros. En uno de los ángulos gran ventanal que da paso al jardín; en el rincón que forma, mesita costurero. En el lugar de más recogimiento, piano de cola ú órgano de salón. Un busto de Beethoven. Plantas en macetas y flores en jarros. Al levantarse el telón están en escena DON ENRIQUE y JUSTA. JUSTA, con más de sesenta y cinco años, es vieja, ágil y acartonada. Va vestida de estameña café, con cuello y puños blancos: lleva colgado á la cintura un manojo de llaves. DON ENRIQUE, en pie junto á una mesa, arregla papeles. Se oye en el jardín la risa de ELENA y AGUSTINA, y voces confusas de otras varias personas.

JUSTA

(Poniendo en orden los muebles y recogiendo del suelo revistas, unos guantes, un chal de encaje, una sombrilla, etc.) ¡Divertido está el tiempo!

DON ENRIQUE

Más vale así, mujer.

JUSTA

¡Más vale así! *(Vuelve á oirse reir á* AGUSTINA.) También la niña está contenta.

DON ENRIQUE

¿Cómo quieres que esté, teniendo aquí á su ma-

dre, y viéndola completamente bien, después del susto que se ha llevado?

JUSTA

Sí que es casualidad: enfermar á las veinticuatro horas de la llegada. *(Con satisfacción.)* No le quedarán ganas de repetir el viaje.

DON ENRIQUE

Es esta casona tan vieja, tan húmeda...

JUSTA

Ahora vamos á echarle la culpa á la casona. ¡Todo sea por Dios! Cuarenta y cinco años llevo viviendo en ella y no he tenido ni un dolor de cabeza. ¡El mal lo traía consigo! ¡Calenturas á orilla de la mar! En mi vida lo oí. ¡Todo el mundo viene á soltar las que tiene, y las iba á haber cogido ella!

DON ENRIQUE

Cuando tengas que hablar de mi mujer, te agradeceré que digas: la señora.

JUSTA

¡Ya lo sabemos, ya!

DON ENRIQUE

Pero se nos olvida.

JUSTA

¿Estamos de mal temple?

DON ENRIQUE

Estoy como me da la realísima gana.

JUSTA

¿Cuántos años tenemos?

DON ENRIQUE

No lo sé, ni me importa.

JUSTA

¡Ay, ay, ay!

DON ENRIQUE

¿Qué es lo que hay?

JUSTA

Que todavía eres muy joven para chochear.

DON ENRIQUE

Ama Justa, si no fuera mirando que tú sí que chocheas...

JUSTA

¡Eso es, enfádate ahora con esta pobre que te

crió á sus pechos! ¡Lo que viene de fuera, siempre tiene razón!

DON ENRIQUE

Te he dicho ya mil veces que aquí nadie ha venido de fuera: ¡la señora está en su casa, lo mismo que yo! ¡Más!

JUSTA

Tiempo hemos tardado en aprenderlo.

DON ENRIQUE

Así tardaremos más en olvidarlo.

(Entra la PURA, *con una bandeja de dulces y fiambres, y se dirige á la puerta del jardín.)*

JUSTA

¡Yo que usted me dejaba la puerta abierta!

PURA

¡A ver con qué mano la voy á cerrar, si llevo las dos ocupadas!

DON ENRIQUE

No te sofoques, ama, que no es para tanto.

JUSTA

Es que si luego te pasa á ti una corriente de aire...

DON ENRIQUE

No me pasará, porque cerrarás tú con muy buenos modos.

JUSTA

Eso de los muy buenos modos, ¿lo decimos con retintín?

DON ENRIQUE

(A la PURA.) Dígale usted á la señora que si no cree que puede hacerle daño estar en el jardín tomando el sol tanto tiempo seguido.

PURA

Se le dirá. *(Sale.)*

JUSTA

¡Tarasca!

DON ENRIQUE

Ama, cierra la puerta. (JUSTA *da un portazo.)* Haz el favor de volverla á abrir. (JUSTA *la abre.)* Ahora, ciérrala despacito. Eso es. Lo bien hecho, bien parece. Y si has terminado de recoger cosas que muy bien podían quedarse donde estaban, date una vuelta por la cocina, que sabes que no estando tú presente le falta á lo exquisito su último punto.

JUSTA

¡Por la cocina! Nos pasamos el día comistrajean-

do: que si el ponche, que si el jamón crudo, que si el pollo fiambre, y, naturalmente, cuando llega la hora de comer como Dios manda, á todo le hacemos ascos y reparos. Como no falta una infeliz á quien echar la culpa, y un alma de Dios *(Señalándole á él)* que se figura que por esos mundos estábamos acostumbrados á guisos más finos.

DON ENRIQUE

¿Ha venido el correo?

JUSTA

No sé á qué viene preguntarlo, cuando está sin abrir todo el que ha llegado hace quince días. Claro, teniendo en casa todo lo que necesitamos, ¿qué falta nos hace saber noticias de fuera?

DON ENRIQUE

Ama Justa, es inútil que quieras molestarme con indirectas, porque, como estoy decidido á no enfadarme nunca contigo, no las voy á entender. Por lo cual no levantes los ojos al cielo ni cruces las manos con desolación; á pesar de todas tus elocuentes pantomimas, seguiré haciendo mi santísima voluntad.

JUSTA

Siempre la has hecho.

DON ENRIQUE

Razón de más para que continúe. A mis años no voy á cambiar de sistema.

JUSTA

Pero si es que esto no puede seguir así: esta vida no es vida, para ti, se entiende; todas tus costumbres las echaste á rodar; ya, ni zapatillas, ni gorro, ni siesta después de la comida, ni copita de anís detrás del cafe. ¡Hasta de la música te has olvidado! ¡Bueno está este piano de polvo!

DON ENRIQUE

¿Querías que tocase estando la señora en cama?

JUSTA

Ya hace cuatro días que se levanta. ¡Ay hombres, hombres, siempre bebiendo vientos por unas faldas! Y todavía, que alguno pierda el seso por una mujer que sea de otro, ¡el Señor nos libre! ¡pero se comprende! ¡Pero andar como andamos en esta casa por la mujer propia! Verdad es que ahora parece que está de moda hacerle ascos al hombre que la iglesia nos dió para toda la vida. Ya es viajecito, ya, diez y seis años, para una mujer como es debido. Y que no habremos sido todos por esos mundos lo tontos de remate que hemos sido aquí.

DON ENRIQUE

Ama Justa, nos está pareciendo que á este libro

le va á faltar muy poco para romperte la cabeza.

JUSTA

¡Jesús! No me quedaba otra cosa que oir.

DON ENRIQUE

¡Quítate de mi vista, quítate de mi vista!

JUSTA

¡Ay, Señor! ¡El demonio en figura de mujer se le ha entrado á este hombre en el cuerpo!...

(Sale, á tiempo que entra MANOLO. DON ENRIQUE, *con un ataque de ira silenciosa, da vueltas por la habitación: ha cogido un pañolito de encaje que ha encontrado sobre un mueble: primero le huele, luego le estruja, y, por último, le hace pedazos. No ve entrar á* MANOLO, *que se sienta en un diván, y no saluda hasta pasado un momento.)*

MANOLO

Buenos días, Don Enrique.

DON ENRIQUE

¡Ah... tú! Buenos días.

MANOLO

Haciendo ejercicio, ¿eh?

DON ENRIQUE

Haciendo ejercicio.

MANOLO

Para calmar los nervios.

DON ENRIQUE

¿De dónde sacas tú que estoy nervioso?

MANOLO

De que lo estoy yo.

DON ENRIQUE

Tus motivos tendrás.

MANOLO

Los mismos que usted.

DON ENRIQUE

¡Mucho decir es eso!

MANOLO

Pues figúrese usted que no he dicho nada.

DON ENRIQUE

¿Y cuáles son los tuyos, si puede saberse?

MANOLO

¿A usted no le saca de tino la afluencia de visitantes distinguidos que cae estos días sobre nuestra aldea?

DON ENRIQUE

Eso va ganando el comercio.

MANOLO

Y eso va perdiendo usted; porque como todos son visita de esta casa, todos comen ó almuerzan ó meriendan aquí.

DON ENRIQUE

Hijo, cuando Dios da, da para todos.

MANOLO

Es que hay cosas que no le hace á uno maldita la gracia repartir con nadie.

DON ENRIQUE

¿Vas tú á llevar por cuenta, como el ama Justa, las gallinas que se sacrifican? ¡Ja, ja, ja!

MANOLO

¿De qué se ríe usted?

DON ENRIQUE

De ti.

MANOLO

Más vale que le sirva á usted de diversión el caso.

DON ENRIQUE

El caso es que tienes celos, ¿no?

MANOLO

Me parece que me sobra motivo.

DON ENRIQUE

Eso allá tú sabrás; pero, hijo mío, permite que te diga que un hombre de veinticuatro años, enamorado, como tú dices que lo estás, de una chiquilla que hasta hoy no ha visto el mundo más que por tus ojos, es un solemne majadero si se deja robar los agraces de la parra.

MANOLO

¿Pero usted no ve que toda esta gente que viene de otro mundo, como ella dice, le habla de cosas que ella no había ni sospechado nunca?

DON ENRIQUE

Háblale tú de otras más interesantes.

MANOLO

Es que ellos la ilusionan, la deslumbran.

DON ENRIQUE

Deslúmbrala tú más.

MANOLO

¡No sé cómo!

DON ENRIQUE

¡Ay, amor! Supongo que no pretenderás que yo, que soy su padre, te vaya á enseñar modos de volverle el juicio; pero ¡Dios nos ampare! la primera emoción de amor se la has dado tú... me parece, y eso en un alma de mujer deja huella para toda la vida.

MANOLO

Una mujer es siempre del último que llega.

DON ENRIQUE

¡Una mujer es siempre del hombre que merece llevársela! *(Con rabia.)*

MANOLO

Según eso, usted...

DON ENRIQUE

Según eso, yo no tengo que dar cuentas á nadie, para lo cual empiezo por no irle á nadie con lamentaciones. ¡Canastos con la juventud, que todo se lo

quiere llevar de rositas! Hijo mío, en este mundo no hay más que dos caminos: ó paciencia ó acometividad: ó sembrar el trigo y esperar á que grane y segarlo y molerlo y cocerlo y sudar y fastidiarse, ó estar al pie del horno cuando sale el pan y llevárselo á puñetazo limpio. Tú verás cuál es la filosofía que más te conviene. *(Pausa.)* Entra, si quieres, que en el jardín están.

MANOLO

¿Con visita?

DON ENRIQUE

Con visitas.

MANOLO

Sí, ya he visto, al entrar, un automóvil. ¡Dichosos los tiempos de la silla de postas!

DON ENRIQUE

Mucho antes hubo botas de siete leguas para quien quiso llegar deprisa.

MANOLO

Y mucho antes caballo con alas, si vamos á cuentos. Pero la vida no es cuento.

DON ENRIQUE

Puede que no lo sea, pero se le parece mucho.

AGUSTINA

(Entrando por el ventanal, muy deprisa y muy contenta, y hablando con los que quedan en el jardín.) Sí, sí; en seguida vuelvo.

DON ENRIQUE

Ahí la tienes. *(Mirándola con embeleso.)* ¡Qué bonita es!

MANOLO

¿Dónde vas?

AGUSTINA

¡Ah! ¿Pero estás tú aquí? ¿Por qué no has entrado? ¿No te ha dicho papá que estábamos en el jardín? ¡Hoy tenemos gran recepción! Entra, que son cantantes, ¡y hay una italiana más guapa! Dice que no han tardado más que veinte minutos desde San Sebastián aquí. ¡Quién nos iba á decir ¡paletitos! que estábamos tan cerca del mundo!

ELENA

(Dentro.) ¡Agustina!

AGUSTINA

¡Ya voy! ¡Estoy loca! Vengo por una cosa y se me olvida: dice mi madre que se ha dejado aquí un pañuelo. (DON ENRIQUE *le deja disimuladamente entre los papeles de la mesa.)* No está... pediré otro.

(Viéndole.) ¡Ah, sí!... Pero, ¿qué le ha pasado?... Hecho trizas... le habrá cogido el perro... ¡Lástima de encaje, que es Bruselas legítimo! ¡Buena se va á poner la Pura cuando lo vea! *(A su padre, que se dirige hacia la puerta.)* ¿Te vas?

DON ENRIQUE

(Muy amablemente.) A dar mi paseíto de todas las tardes; ya sabes que si no, á la hora de comer, no abro la boca. *(Con un poco de mal humor.)* Divertirse. *(Sale.)*

AGUSTINA

(Mirando alternativamente á la puerta por donde ha salido su padre y á la puerta vidriera del jardín.) Yo le acompañaría; pero...

MANOLO

(Esforzándose por estar amable.) ¡Si quieres que me vaya yo con él...!

AGUSTINA

No; tampoco.

ELENA

(Dentro.) ¡Agustina!

VOZ DE HOMBRE

(Dentro.) ¡Agustina!

VOZ DE MUJER

(Dentro.) ¡Agustina!

AGUSTINA

¡Ya voy! Anda, ven al jardín. *(Le coge la mano.)*

MANOLO

¿Tanta prisa tienes? *(Sin soltarle la mano.)*

AGUSTINA

Prisa, no; es que me están esperando.

MANOLO

Que esperen; estate aquí conmigo.

AGUSTINA

¿Ya no te escandaliza que nos dejen solos?

MANOLO

Aquí, no; ¡estas paredes te defienden!

AGUSTINA

¿De ti?

MANOLO

De todo y contra todos.

AGUSTINA

¡Ja, ja, ja! Te ha salido muy bien la frasecita.

MANOLO

No es frase.

AGUSTINA

Sí lo es, pero me gusta: hoy me gusta todo, porque estoy contenta, contenta, contenta. Y eso que, ahora que me acuerdo, contigo debería estar enfadada. No te he visto al salir de la iglesia.

MANOLO

¡Ah! Pero, ¿has ido á misa esta mañana?

AGUSTINA

¡Vaya una novedad! Como todas.

MANOLO

¡Tantas llevabas ya sin ir, que creí que habías perdido la costumbre!

AGUSTINA

¿Querías que saliese teniendo á mamá enferma?

MANOLO

¿Ya está mejor? *(Como si preguntase: ¿No se ha muerto aún?)*

AGUSTINA

Ya está bien del todo. Anda, vamos, que no quiero que se enfade si tardo.

MANOLO

Pues no te ha entrado á ti poco fuerte.

AGUSTINA

Por mi madre. ¡Claro que sí!

MANOLO

¡O por quien sea!

AGUSTINA

¡Ay, Manolo, Manolo, ya me vas á decir cosas desagradables! Tan bien como habíamos empezado hoy...

MANOLO

Perdóname; es que me desconcierta un poco que tengas tanta prisa en dejarme.

AGUSTINA

Si empiezo por decirte que vengas conmigo.

MANOLO

Es que te quisiera decir tantas cosas...

AGUSTINA

¿Cuáles?

MANOLO

¿Tú no tienes ninguna que decirme á mí?

AGUSTINA

¿De qué? ¡Ah, de mamá!... sí, precisamente eso es lo que me tiene tan contenta; ella sigue diciendo que se va, y se va, pero yo tengo mis esperanzas, porque lo que es la casa le gusta, ¡ya lo creo!, y el pueblo también, lo poco que ha podido verlo. Ayer por la tarde salimos en el coche y se quedó encantada con los pinares... y el jardín, la gente; con todo el mundo habla y todo la entretiene. Tenemos una gallina llueca y hemos echado huevos para sacar pollos: como ella es de Madrid, y no ha vivido nunca en un pueblo, le hace tanta gracia que salgan los animalitos con los días contados, y como hacen falta veintiuno, yo pienso que en veintiún días mucho se puede conseguir. Por eso no te extrañe que esté siempre á su lado.

ELENA

(Dentro.) Agustina, baja; que estos señores se marchan.

AGUSTINA

Se van. *(Yendo hacia la puerta.)*

MANOLO

Espera...

AGUSTINA

Déjame que vaya á despedirlos...

MANOLO

Que se vayan... déjalo... estate aquí á mi lado... es un capricho...

AGUSTINA

(Con resignación.) Bueno.

VOZ DE HOMBRE

(Dentro.) ¡Adiós!

ELENA

(Dentro.) Pero Agustina...

AGUSTINA

Adi...

MANOLO

(Tapándole la boca.) No respondas.

VOZ DE MUJER

(Dentro.) Addio, carissima... *(Entra una rosa por la ventana.)*

VOZ DE HOMBRE

(Cantando dentro.) Bon soir, madame la lune! (Entra un manojo de claveles.)

VOZ DE HOMBRE

(Dentro.) ¡Adiós, ingrata!

VARIAS VOCES

(Dentro.) Adiós, adiós, adiós. *(Siguen entrando flores por el ventanal.)*

MANOLO

No hagas caso... *(Sujetándola y casi abrazándola.)* No mires; mírame á mí, que te quiero más que nadie en el mundo y más que á nadie... Agustina, dime que tú también me quieres...

AGUSTINA

Sí...

MANOLO

Más que á nadie en el mundo, que serás siempre mía, que no me olvidarás nunca por nadie... *(La abraza.)*

AGUSTINA

Sí, sí, sí... Pero, ¿te has vuelto loco? ¡Déjame! ¡Mi madre!

(Se separa de él violentamente, viendo en-

trar á ELENA, *que sube del jardín y cierra con toda calma su sombrilla.)*

ELENA

¿Dónde te has metido? *(Como si viese á Manolo de pronto.)* ¡Ah, vamos!... ¿Encontraste el pañuelo?

AGUSTINA

No... es decir, sí... *(Atropellándose.)* Aquí está.

ELENA

¿Por qué no has bajado?

AGUSTINA

Porque... está roto.

ELENA

¿Y por eso te apuras? ¡Hija mía, eres tonta! *(Acercándose á ella y mirando á* MANOLO *con ojos de basilisco.)* ¡Pues no estás tú poco sofocada!

AGUSTINA

No, mamá, si estoy muy contenta.

ELENA

Ya se ve... *(Se sienta en el diván.)*

AGUSTINA

(Acercándose á ella y echándole un chal.) A ver si te vas á quedar fría, después del sol que hace en el jardín.

ELENA

No tengas miedo.

MANOLO

¿Ya está usted mejor?

ELENA

Perfectamente. Por esta vez, amigo, no le doy á usted el gusto de morirme. ¡Paciencia!

MANOLO

(Con risa de conejo.) Señora... precisamente el gusto...

ELENA

¡Dígamelo usted á mí! ¡Menuda solución! Le estoy oyendo á usted después del fausto acontecimiento: ¡Pobre señora; su genio tenía, pero era tan buena... y tan oportuna!

MANOLO

(Ya quemado.) ¡Cuando usted lo dice!

AGUSTINA

¡Manolo!

ELENA

¡Tú te callas!

MANOLO

Quien tiene que callarse aquí soy yo.

ELENA

¡Ya! Me perdona usted la vida.

MANOLO

Está usted en una casa muy respetable para mí. Es usted una señora, y no quiero olvidarlo. A los pies de usted.

ELENA

Beso á usted la mano. *(A* AGUSTINA, *que sale detrás de* MANOLO.) ¿Dónde vas tú?

AGUSTINA

En seguida vuelvo.

ELENA

Es que... ¡cuidadito con los coches, que tienen ruedas!

MANOLO

(Furioso á AGUSTINA.) ¡Quédate ahí!

(Sale MANOLO.)

AGUSTINA

(Tímidamente.) Hasta luego.

ELENA

¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una cara de vinagre que lleva! ¡Ja, ja, ja! Si puede, me estrangula. Y tú, ¿qué estás pensando ahí tan seria?

AGUSTINA

¿Qué quieres que piense?

ELENA

¿Que soy una fiera? Claro; aquí, en tocando al niño, se acabó todo.

AGUSTINA

Pero ¿por qué te pones así siempre que viene?

ELENA

Porque no le puedo ver ¡ni en pintura!

AGUSTINA

Bueno; déjalo, madre, déjalo... hablemos de otra cosa.

ELENA

¿De qué?

AGUSTINA

De ti. Dime la verdad. ¿Estás aquí á gusto? ¿Te aburres con nosotros? ¿Echas muchas cosas de menos? ¿Te gusta la casona? ¡Me da una rabia que hayas estado enferma! ¡Dos semanas perdidas! Nosotros que queríamos mimarte tanto, tanto, para que lo pasases tan bien y no pudieras marcharte ya nunca... Madre... ¿en qué estás pensando? Dímelo.

ELENA

Ayer he recibido carta de mi apoderado: una contrata para Norte-América.

AGUSTINA

¡Para Norte-América!

ELENA

Treinta funciones en tres meses... y muy bien pagadas. Me piden respuesta por cable.

AGUSTINA

¿Y tú...?

ELENA

No he contestado todavía. No sé por qué me da pereza pensar ahora en un viaje tan largo... Es la primera vez que me sucede. Será debilidad de la convalecencia. Pero de mañana no puede pasar la contestación.

AGUSTINA

(Triste.) ¿De eso es de lo que hablabas anoche con Juan Manuel?

ELENA

¿Cómo lo sabes?

AGUSTINA

Porque oí que decíais Nueva York... ¿Te quiere mucho, verdad?

ELENA

¿Juan Manuel? Eso dice; pero ¡fíese usted de los hombres! Todos están á la que salta, y á ver lo que se pesca. Si no les haces caso, eres una pantera; si les tienes lástima, una mala mujer, y si logran lo que se proponen, ¡échales un galgo, que, si te he visto, no me acuerdo! *(Muy seria.)* Esto te lo digo porque soy tu madre.

AGUSTINA

Pero Juan Manuel...

ELENA

Juan Manuel es de los mejores; pero tampoco pondría yo por él la mano en el fuego, porque, hijita, ya lo dice el refrán: «El mejor, para tapadera de un horno.»

AGUSTINA

¡Ay, madre, qué vacía se va á quedar la casa si te marchas!

ELENA

¿Para ti? Te queda tu Manolo de tu alma. Te casarás con él.

AGUSTINA

¿Qué tiene que ver eso? *(Con tristeza rabiosa.)*

ELENA

¿Qué te pasa? (AGUSTINA *se aparta sin responder.)* ¡Vaya unos arrechuchos que te entran á ti! *(Sin darle importancia, se acerca al ventanal.)* ¡Qué sol tan hermoso! *(Estremeciéndose un poco.)* ¡Ay, hija, qué gusto da vivir después de haber estado para morirse! Ven acá. *(Cogiéndole la cara entre las manos.)* ¡Ríete! ¡Parece que tengo hormiguillo por todo el cuerpo! ¡Qué bonita, pero qué bonita eres! ¡Hija, quién fuera tú, para empezar á vivir!

AGUSTINA

(Con ansiedad.) ¿Y qué harías, qué harías tú, madre, si tuvieras que empezar hoy la vida, si fueras como yo?

ELENA

(Pausa. Mira largamente á AGUSTINA.) ¡Qué te

voy yo á decir, si ahora mismo no sé á donde tirar para acabarla!

AGUSTINA

¡Ay, madre!

ELENA

No suspires. ¿Qué más da? Tú no te apures nunca por nada de este mundo. Después de todo, no tiene una la culpa de nada de lo que hace.

AGUSTINA

Sí, madre, sí.

ELENA

¡Qué ha de tener! Ya ves yo... Casi nunca me entero de lo que he hecho, hasta que me lo viene á contar otro, y entonces, ya me parece que no es cosa mía. Una vez, no sé si en Londres ó en Berlín, vi una pantomima alegrita... ¡bueno, eso es lo de menos! El caso es que la pantomimista se iba... quitando ropa detrás de un biombo, y el público iba viendo la acción en un espejo... Será una estupidez, pero yo muchas veces he pensado que la vida que una hace es así, una pantomima que está una misma viendo pintada en un cristal.

AGUSTINA

Sí, pero tenemos la obligación de que en el espejo no se pinten más que cosas buenas.

ELENA

¿A qué llamas tú cosas buenas?

AGUSTINA

Por ejemplo, á que nadie sufra por nosotros.

ELENA

¡Ay, niña! ¿Sabes tú á dónde puede ir á parar una mujer con un corazón tan generoso? ¡No hacer sufrir á nadie! No hay remedio: lo que es la gloria de uno es la pena de otro. Todos sufren por todos... es decir, casi nadie sufre por nadie; porque ríete tú de penas no tocando á la piel ó al bolsillo. ¿No ves cómo dicen «Salud y pesetas»? A nadie se le ocurre decir «Salud y amor» ni «Salud y gloria», ni siquiera «Salud y buena conciencia». Salud y pesetas dicen que basta.

AGUSTINA

Pues yo quiero ser pobre, vivir triste, sufrir yo todo lo que sea preciso, y no hacer mal á nadie.

ELENA

Si no le harás tú; el mal se hace solo. Y no pienses cosas lamentables, que tampoco sé á qué vienen ahora. ¿No estabas tan contenta? ¿Por qué me marcho yo? ¡Quién sabe!

AGUSTINA

(Con alegría.) ¡Madre!

ELENA

No digo que sí, ni que no. Consultaré á la Pura, que bruta sí es, pero sentido común no le falta. *(Pasea cogiendo del brazo á* AGUSTINA.) ¡Sí que está bien todo esto! *(Sentándose en un sillón.)* Tu padre sabe lo que es comodidad. Cuando le coge á una un silloncito de estos, no le suelta. *(Mirando al estante que tiene al lado.)* ¡Jesús, cuánto libro! ¡Qué sabios debéis ser todos en esta casa! Sí; hasta el ama Justa tiene cara de dómine. *(Dando vuelta á la librería giratoria.)* ¿Son novelas? *(Coge un libro.)* «Crítica de la razón pura». *(Hace un gesto de asombro y coge otro.)* «La irreligión del porvenir». *(A* AGUSTINA.) ¿Tú entiendes todo esto?

AGUSTINA

Son libros de papá.

ELENA

Verdad, que hay notas escritas con su letra. *(Hojea el libro. Se oye la bocina de un automóvil.)* ¡Un automóvil! ¿Quién vendrá ahora?

AGUSTINA

(Corriendo á la ventana.) ¿Será Juan Manuel? ¡No! Es ese caballero que vino la otra tarde... el tenor.

ELENA

¡Ah, Paoletti!

AGUSTINA

Con dos señoras... y otros tres caballeros. ¡Huy, qué trajes traen ellas! *(Con un poco de susto.)* ¡Mamá! Se entran por la verja del jardín... sin llamar. *(Se oyen risas y voces y un principio de cuplé más bien desvergonzado.)* ¡Ay, madre!

ELENA

(Sonriendo.) Pero, ¡qué poca lacha tiene ese Paoletti! ¿A quién se habrá traído? *(Se oye la voz de* DON ENRIQUE, *dentro, y se interrumpen las risas y las canciones.)* ¡Eh! ¿Qué es eso?

DON ENRIQUE

(Dentro, violentamente.) ¡No, señores, no está!

VOZ DE HOMBRE

(Dentro.) ¿Qué quiere usted decir?

DON ENRIQUE

(Dentro.) Ya lo han oído ustedes: que Elena no está en casa, y como para ustedes no ha de estarlo nunca, pueden ustedes ahorrarse el trabajo de volver por aquí. ¡Buenas tardes!

ELENA

Pero, ¿este hombre se ha vuelto loco ó qué?

(Se dirige hacia la puerta del jardín.)

AGUSTINA

(Deteniéndola.) ¡Mamá!

VOZ DE HOMBRE

(Dentro.) Caballero, nosotros...

OTRA VOZ

(Dentro.) No creemos que Elena vaya á consentir...

ELENA

Naturalmente. ¡No faltaba más!

VOZ

(Dentro.) Porque ella también está en su casa.

DON ENRIQUE

Está en su casa, porque esta casa es mía, y ella es mi mujer; pero ni la casa ni yo le debemos nada á nadie: de modo que hasta más ver, señores.

ELENA

(Con rabia.) ¡Ah!

AGUSTINA

No salgas, madre, espera.

VOZ DE MUJER

(Dentro.) No se apure usted, amigo, que ya nos vamos.

DON ENRIQUE

(Dentro.) ¡Feliz viaje!

ELENA

Déjame...

AGUSTINA

No, madre, no...

(Se oye rumor de gente que sale. ENRIQUE *aparece en la puerta, bastante alterado; pero al verlas, intenta serenarse.)*

DON ENRIQUE

¿Ah, estabais aquí? Buenas tardes, Elena.

ELENA

(Furiosa.) ¿Me querrás decir...

DON ENRIQUE

(Interrumpiéndola.) ¡Qué calor hace aquí! *(Se hace aire con el sombrero.)* Agustina, hija, ¿por qué no sales á dar una vuelta?

(AGUSTINA *le mira y sale dócilmente.)*

ELENA

¿Me querrás decir qué significa esto?

DON ENRIQUE

Pues significa sencillamente que á tu compañero y amigo, el ilustre señor Paoletti, se le ha ocurrido venir á visitarte en la agradable compañía de dos... digamos artistas, demasiado famosas, y que, tomándomelo yo, he querido evitarte el trabajo de ponerlos á ellas y á él de patitas en la calle; ¡eso es todo!

ELENA

¡Ah! ¿Y te figuras que tienes derecho á ponerme en ridículo? ¿Qué habrán dicho de mí?

DON ENRIQUE

¡Bah! Las damas que venían con tu amigo están acostumbradas á esos contratiempos, y no ha de sorprenderlas el que no hayas querido recibirlas. Y en cuanto á los caballeros que las acompañaban, tampoco me pesa que hayan comprendido que, á pesar de todos los pesares, tienes quien te haga respetar cuando llega el caso.

ELENA

Por mí no te acalores. Diez y seis años llevo andando por el mundo y me he sabido defender solita. Ni por ti tampoco, que no volverás á tener ocasión para ello. Pero, ¿sabes lo que te digo? Que para ha-

cerme desaires como este, podías haberte ahorrado el trabajo de invitarme á venir á tu casa.

DON ENRIQUE

Yo te he invitado á ti, pero nunca entendí que invitaba contigo á toda la hez de los teatros y music-halls del mundo.

ELENA

Pues, hijo, el que quiere la col, quiere las hojitas de alrededor.

DON ENRIQUE

No por cierto.

ELENA

Ya sé que te estorba todo el que viene á verme.

DON ENRIQUE

No me estorban, y creo que harto te lo vengo probando, mientras sean personas decentes. Desde que estás aquí, no cesa el rodar de automóviles por esa carretera.

ELENA

¿Te molesta el olor á gasolina?

DON ENRIQUE

¡No me molesta nada! ¿Artistas? Bueno. ¿Extra-

vagantes? Bien. ¿Indiscretos? Paciencia. ¿Impertinentes? ¡Qué le vamos á hacer! Pero gente sinvergüenza no, no y no. ¡Ya lo sabes!

ELENA

(Llorando de rabia.) ¿Es que tú te figuras que me paso la vida entre gentes de poco más ó menos, y que soy como ellos si á mano viene? ¡Pues hijo, á mí á decente no me gana nadie!

DON ENRIQUE

¿Crees que si no lo supiera te hubiese hecho venir aquí? ¿Crees que hubiese dejado en tu casa á mi hija?

ELENA

Ya salió tu hija.

DON ENRIQUE

Si te parece que está de más entre tú y yo hablar un poco de ella.

ELENA

Después de este bochorno que me has dado en mi misma cara, ¿qué se va á figurar que es su madre?

DON ENRIQUE

¡No se figurará lo que no deba, porque sabe de sobra, tanto como yo, que eres una mujer honrada,

honrada porque sí, porque no puedes menos de serlo!

ELENA

(Poniéndose otra vez rabiosa.) ¿Ah, con que soy honrada porque no puedo menos de serlo?

DON ENRIQUE

¡Entiéndeme!

ELENA

De sobra. ¡Porque no puedo menos! ¡Pues hijo, tentaciones no me han faltado, que no soy tan fea, digo, me parece... y ahora mismo, si me diera la gana!...

DON ENRIQUE

¡Elena, no me saques de tino!...

ELENA

¡Es que puede pesarte lo que has dicho!

DON ENRIQUE

¿A mí?

ELENA

No; al vecino de enfrente.

DON ENRIQUE

Elena, óyeme bien, ya que acaso sea esta la última vez que hablamos con... relativa tranquilidad...

ELENA

Por mí, como si quieres suprimirla.

DON ENRIQUE

No me puede pesar nada de lo que hagas, más que por ti, ¿lo entiendes?, por ti. De todas las locuras que quisieras tú hacer, ¿qué puede á mí alcanzarme? ¡Ni siquiera el desprecio compasivo del mundo! ¡Estoy tan lejos de él! Además, la dignidad de un hombre está muy por encima de las... genialidades de su mujer. Cada uno es cada uno, hijita. Yo he vivido hasta ahora, por lo menos, en paz; un poco se ha turbado...

ELENA

¿Porque he venido yo?

DON ENRIQUE

Naturalmente.

ELENA

Pues hijo, pronto se puede serenar el agua.

DON ENRIQUE

Cuento con ello.

ELENA

Es decir, ¿que quieres que me marche?

DON ENRIQUE

Si es que no te conviene vivir de acuerdo con mi modo de pensar...

ELENA

Está bien. *(Dando patadas en el suelo.)* Está bien...

DON ENRIQUE

Pero no te precipites...

ELENA

Está bien...

DON ENRIQUE

Ya sabes que yo siempre encantado de que estés con nosotros...

ELENA

¡Quítate de mi vista! ¡Hipócrita! *(El, sin decir palabra, se dirige al jardín.)* ¿Dónde vas?

DON ENRIQUE

Aquí, al jardín, á ver si está la niña. *(Sale.)*

ELENA

La niña, la niña... *(Gritando.)* ¡Pura, Pura, Puraaaa!... La niña... ya te darán á ti... ¡Pura, Pura!

PURA

Aquí estoy.

ELENA

¿Dónde estás metida... estúpida?

PURA

Pero, niña... ¿qué pasa?

ELENA

Pasa que nos marchamos de aquí, ahora mismo... el baúl... las maletas; ¿qué haces ahí como una estatua?

PURA

Pero, ¿qué te ha ocurrido?

ELENA

¿A ti qué te importa?... Mi sombrero, mi abrigo... sin hacer los baúles; que los manden... ¡Vámonos!

PURA

Pero, ¿dónde?

ELENA

Al infierno, que es país caliente...

PURA

Pero si hasta mañana no hay tren, ¿cómo nos vamos á marchar?

ELENA

¡En burro! Que se queden anchos... en paz... ya les daré yo paz. *(Suena una bocina de automóvil.)* Otro automóvil. *(Rabiosa.)* ¡Todavía estás ahí! ¡Toma, toma! *(Recoge rabiosamente todo lo que encuentra por los muebles.)*

JUAN MANUEL

(Apareciendo en la puerta.) ¿Se puede?

ELENA

¡Ah, Juan Manuel! Llega usted á tiempo. ¿Es de usted ese automóvil que sonaba?

JUAN MANUEL

Sí, señora...

ELENA

Pues ya tienes dónde cargar los trastos. ¡Volandito!

PURA

¡Ay, hija, pues no te dan á ti las cosas poco súbitas! *(Sale.)*

JUAN MANUEL

¿Qué le sucede á usted?

ELENA

Lo mejor que podía sucederme: que me marcho

de aquí... es decir, que me echan... ¡No se siente usted! ¡Sí, señor! Ahora mismo... ¡Y se acabaron las contemplaciones! ¡Hay que vivir como vive la gente! En el primer vapor me embarco para América; conque si quiere usted hacer conmigo un viajecito de recreo, ya puede usted tomar el pasaje...

JUAN MANUEL

Es decir...

ELENA

Es decir, que le cayó á usted el gordo. ¡Alégrese usted, amigo: más vale llegar á tiempo que rondar un año!

JUAN MANUEL

Elena *(Suavemente)*, es usted una mujer adorable.

ELENA

Ya me lo dirá usted por el camino. ¡Andando!

JUAN MANUEL

¡Espere usted un momento!

ELENA

¿A qué voy á esperar?

JUAN MANUEL

A estar un poco más tranquila. *(Sonriendo.)* Las

grandes resoluciones hay que tomarlas con serenidad.

ELENA

¡Ah, con serenidad!

JUAN MANUEL

Elena... usted no sabe lo que le agradezco... eso que acaba usted de decirme... Esas palabras, en boca de una mujer como usted, son de las que un hombre de honor recibe siempre de rodillas... pero, por lo mismo, es preciso que no las diga usted en un estado de ánimo que luego dé ocasión á que usted pueda arrepentirse de ellas.

ELENA

¿Arrepentirme? Pero, ¿usted se figura que ese... hombre merece que yo me arrepienta?

JUAN MANUEL

Ahora se trata únicamente de lo que merece usted.

ELENA

¿Y qué merezco yo?

JUAN MANUEL

En primer lugar, ser feliz.

ELENA

(Casi llorando.) A eso vamos.

JUAN MANUEL

Por un camino un poco... desigual.

ELENA

¿Ahora es usted quien le va á poner peros al camino? *(Con espanto.)* ¡Usted, usted! ¡Jesús! Si antes de fiarse de un hombre, se debía una echar una soga al cuello.

JUAN MANUEL

Elena... por favor... Elena...

ELENA

¡Usted! Después de tanto suplicarme... ¡Virgen, donde he venido yo á caer! *(Se tapa la cara con las manos y solloza desesperadamente.)*

JUAN MANUEL

¡Si no es eso, no es eso!... Elena, yo la respeto á usted ahora más que nunca... Elena, oígame usted... usted sabe cómo la he querido yo siempre... ahora más, ¡pero de otra manera!, más, porque la conozco á usted más... ¡Se lo juro á usted! Es usted para mí... le agradezco á usted tanto... pero no quiero que eche usted á rodar en un instante toda la felicidad que aún tiene para usted la vida...

que usted merece como nadie, y que está para usted en esta casa, créamelo usted, sólo en esta casa.

ELENA

¡En esta casa! *(Sin levantar la cabeza.)*

JUAN MANUEL

Sí, en esta casa, buena y acogedora como usted, donde ha encontrado usted tanta serenidad, tanto cariño... ¿Qué le va usted á pedir al mundo que ya no le haya dado en gloria, y no le haya cobrado con usura en soledad, en cansancio, en injusticia...?

ELENA

(Serenándose y mirándole fijamente.) ¿Y de dónde le viene á usted, así de golpe, toda esa abnegación? Míreme usted bien. No acostumbran ustedes los hombres á ser tan generosos porque sí. ¿Me querrá usted decir que porque le parece á usted que en esta casa está el camino de mi felicidad, renuncia usted con gusto á lo que hace tan poco tenía usted por felicidad suya?... ¿Por qué mira usted al suelo? Aquí hay gato encerrado. ¿Se va usted á casar? Pero entonces, ¿dónde vive la novia, ó qué calma es la suya que le consiente á usted pasarse la vida pegado á mis faldas?... Porque desde que hemos venido aquí, poco tiempo ha dejado usted de estar con nosotras. *(Con iluminación repentina.)* ¡Con nosotras!... ¡Juan Manuel! ¿Es posible... Agustina?

JUAN MANUEL

(Con muchísimo miedo.) Sí, Elena; sí, Agustina.

ELENA

¿Se ha enamorado usted de mi hija?

JUAN MANUEL

Perdóneme usted, Elena. Por ser hija de usted, creo qué he llegado en tan poco tiempo á quererla tanto. ¡Cuando la he visto, ya la conocía! Todo el cariño que la he tenido á usted, que la tengo, era como un presentimiento. ¡Cómo las llevo á ustedes en el corazón! ¡Cómo le agradezco á usted ahora el que, tan compasivamente inflexible con la locura mía, no me haya usted dejado imposibilitar para siempre este amor que me estaba esperando! Este amor en que está usted también, porque en su hija de usted está su gracia, su espíritu de usted, su nobleza, su encanto de mujer tan mujer...

ELENA

(Con un poco de melancolía.) Su juventud...

JUAN MANUEL

¡Perdóneme usted, Elena, perdóneme usted!

ELENA

(Sinceramente.) ¿Yo? ¿De qué?

JUAN MANUEL

De haberme engañado á mí mismo...

ELENA

Pero, ¿usted sabe, criatura, la alegría que me da usted?

JUAN MANUEL

(Con asombro.) ¡Elena!

ELENA

La alegría... sí, señor... ¡Mi hija!... Usted dice que me ha querido siempre tanto y cuanto. Pues yo, ahora ya se lo puedo á usted decir: puede que, también siempre, le haya querido á usted más... y mejor que usted á mí. Es usted el único hombre en quien hubiera querido creer, para fiarme en usted del todo, porque me parece usted amigo seguro, y además, ¡sabe usted tanto de tantas cosas!... Algunas veces he tenido pena, al verle á usted meterse en malos pasos, y entonces, ¡con qué cariño, no sé si de hermana... ó de madre, le hubiera aconsejado á usted!... Cada vez que nos hemos encontrado por esos mundos, ¡me daba una alegría... y una rabia al pensar que, por esa locura de usted, había entre nosotros una desconfianza estúpida! Ya ve usted si ahora tengo que alegrarme, viendo que, al fin, podemos ser buenos amigos.

JUAN MANUEL

¿Amigos... Elena? No sé qué nombre dar al ca-

riño, á la veneración que siento por usted. ¿Sabe usted el heroísmo que otra mujer cualquiera necesitaría sólo para fingir esas palabras que usted dice tan sincera y tan sencillamente? ¿Amigos? Aquí me tiene usted... como usted quiera... ¡es usted una santa!

ELENA

No, señor; soy una mujer que le quiere á usted mucho y que nunca se ha enamorado de usted.

JUAN MANUEL

¡Elena! *(La besa la mano devotamente.)*

ELENA

Abráceme usted, que ahora ya no hay peligro... todo llega en el mundo... aunque un poquito tarde. *(El la abraza.)* Sí, amigos para toda la vida. *(Entra* ENRIQUE *en el preciso momento en que ella pronuncia estas palabras.)* ¡Sin miedo, que soy de buena pasta y no me rompo! *(Le abraza ella impetuosamente.)*

DON ENRIQUE

(Precipitándose en arrebato de indignación.) ¡Elena!

ELENA

(Con perfectísima naturalidad.) ¿Tú?

JUAN MANUEL

Por Dios... permítame usted que le explique...

DON ENRIQUE

No me hacen falta explicaciones. ¡Salga usted de aquí inmediatamente! (JUAN MANUEL *intenta disculparse.)* ¡Inmediatamente, y agradezca usted el que, mirando que está usted en mi casa...! ¡Salga usted ó no respondo de mí!

JUAN MANUEL

¡A sus órdenes! *(Sonriendo resignadamente.)*

ELENA

Pero, Enrique...

DON ENRIQUE

Y tú... *(Cogiéndola de un brazo.)* ¿Esta era tu amenaza? ¿Esto era lo que había de pesarme? ¿No pudiste esperar á estar fuera de aquí?...

ELENA

(Después de mirarle con mucho asombro.) Pero... ¿es que te figuras...? Precisamente ahora... *(Le entra un desatinado ataque de risa.)* ¡Ja, ja, ja, ja!

DON ENRIQUE

(Cada vez más desesperado.) ¿De qué te ríes? ¡Habla! ¿De qué te ríes?

ELENA

¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué idiotas, ja, ja, ja, ja, pero qué idiotas... son los hombres... ja, ja, ja, ja!

(Cae en un sillón, con un verdadero ataque de risa. ENRIQUE *quiere hacerla hablar, se acerca á ella, se separa de ella, con rabia, con cariño después, desconcertado, por último.)*

DON ENRIQUE

Elena... Elena... dime... ¡Elena! ¿Pero es que todos nos hemos vuelto locos?

(Ella sigue riendo.)

CAE EL TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el segundo

Al levantarse el telón están en escena DON ENRIQUE y AGUSTINA. DON ENRIQUE pasea por la habitación y AGUSTINA mira por el ventanal al jardín: no hablan, y los dos tienen cara de mal humor. Pasado un momento, entra PURA.

PURA

¿Llamaba usted?

DON ENRIQUE

Sí; ¿se ha levantado la señora?

PURA

Sí, señor; pero está con jaqueca y dice que no tiene gana de hablar con nadie. *(Pausa.)* ¿Mandaba usted algo más?

DON ENRIQUE

Nada. *(Sale* PURA.)

AGUSTINA

(Sin volver la cabeza.) Papá, ¿qué tiene mi madre?

DON ENRIQUE

Ya lo has oído: jaqueca.

AGUSTINA

Qué enfermedad tan rara.

DON ENRIQUE

¿La jaqueca?

AGUSTINA

La de mi madre. ¿Por qué se ha encerrado desde ayer por la tarde en su cuarto? ¿Por qué no bajó anoche á cenar, ni al desayuno esta mañana? ¿Por qué?

DON ENRIQUE

¿Por qué no vas á preguntárselo?

AGUSTINA

He ido ya tres veces y no me ha dejado entrar la Pura. *(Pausa.)* ¡Y sigue lloviendo!

DON ENRIQUE

Sí, hija; sigue lloviendo.

AGUSTINA

¡Y qué viento! No ha quedado una flor en el jar-

dín ni una fruta en los árboles. ¡Vaya una nochecita que hemos tenido!

DON ENRIQUE

¡De perlas!

AGUSTINA

¡Y puede que sea temporal y que nos pasemos así una semana!

DON ENRIQUE

Puede.

AGUSTINA

¡Ay, padre!

DON ENRIQUE

¿Qué hay, hija?

AGUSTINA

Que estoy muy nerviosa.

DON ENRIQUE

¿Muy nerviosa ó de muy mal humor?

AGUSTINA

Es lo mismo. ¡Qué cosa tan estúpida es la vida!

DON ENRIQUE

A días... un poco.

AGUSTINA

Siempre: nacen unos y viven y se mueren para que nazcan otros y vivan y se mueran... ¿y qué?

DON ENRIQUE

Eso precisamente.

AGUSTINA

¿Morirse?

DON ENRIQUE

No, ir viv'endo.

AGUSTINA

Pues es una broma... Ir viviendo... tantos días iguales; tantos años como tiene una que pasar hasta que llegue á vieja... Levantarse, vestirse, arreglar la casa, hacerse trapos que á una no le importan, leer libros que mienten ó que no dicen nada, hablar con gentes que sabe una que le van á decir siempre lo mismo. Pensar: ya llega Octubre, ¡cómo acortan los días! ya viene Febrero, ¡cómo van alargando! ¡Acostarse, dormirse, soñar ó no soñar, despertarse, y vuelta á lo mismo!

DON ENRIQUE

¡Hum! ¿Qué dice de todo eso el señor Don Manuel de la Fresneda?

AGUSTINA

¿Manolo? Dice que esa es la vida, y que así son felices los que son felices, y que qué más le vamos á pedir á la suerte... y que algún día me pesará no haber sabido apreciar lo que tengo, y que este año va á haber una cosecha de maíz que asusta, y que la remolacha se pierde sin remedio, y que más rezar y menos discurrir, y que tú tienes la mitad de la culpa por haberme dejado leer tantos libros y hacer en todo mi santísima voluntad, y que el diablo que me entienda, y que estoy loca de remate... y lo malo es que puede que tenga razón. ¿Por qué no tocas un poco el piano?

DON ENRIQUE

¡Porque yo tampoco estoy para músicas!

AGUSTINA

Es este viento que hace, que le pone á uno todos los nervios de punta.

DON ENRIQUE

¡Sí, debe ser el viento!

(Pausa.)

AGUSTINA

¡Ay, padre! Quisiera que estuviéramos tú y yo á mil leguas de aquí, en un país donde no conociéramos á nadie, ni nadie nos hubiera visto nunca; donde, hiciéramos lo que hiciéramos, nadie pudiera sufrir por nosotros; donde no hubiese palabras empeñadas, ni compromisos, ni celos, ni exigencias, ni desconfianzas, ni exclusivismos; donde todo fuera natural; donde el hacer lo que á uno se le antoja no fuera ni pecado, ni extravagancia, ni locura, ni mala fe; donde todos estuviesen alegres por la felicidad de todos.

DON ENRIQUE

Pide, hija, pide... ¡Ja, ja, ja!

AGUSTINA

¿Te ríes de mí?

DON ENRIQUE

¿Pero tú te figuras, alma cándida, que si en la tierra existiera un rincón donde fuera posible todo eso, hubieran tenido los hombres que tomarse el trabajo de inventar el cielo?... Ven aquí: cuéntame esas penas tan hondas. ¿Qué te pasa?

AGUSTINA

No lo sé.

DON ENRIQUE

Yo, sí. Todos hemos perdido un poco el ritmo, la armonía interior. ¿Y sabes por qué? Porque nos hemos permitido el lujo, casi la orgía, de esperar locamente unas cuantas semanas. De estas aventurillas emocionales, siempre se saca un leve mal sabor de boca en el corazón. Lo que antes nos hacía felices, ahora nos parece insuficiente porque habíamos esperado otra cosa, y cada esperanza que no se realiza, nos parece un derecho que alguien nos arrebata... Perdóname, chiquilla.

AGUSTINA

¿Yo á ti?

DON ENRIQUE

Sí, porque te he contagiado una ilusión, sin pensar en que las ilusiones suelen pagarse con melancolías: cuando fuiste á buscar á tu madre, te empujó mi deseo sin que tú lo supieras; tú vivías tranquila y no necesitabas nada más; ahora no sé con qué derecho pedirte una resignación que sólo á mí me obliga...

AGUSTINA

¿Resignación? ¡Es decir... que... mamá... no se queda! *(El padre no contesta.)* ¿Por qué?... ¡Por eso no sale de su cuarto, por no vernos!... Y tú estás triste, ¿verdad?

DON ENRIQUE

¡Pchs! Tanto como triste...

AGUSTINA

¡Ay, padre, padre, perdóname tú á mí...! Ahora que estás tú así, vengo á aburrirte yo con simplezas mías; porque, después de todo, ¿qué me pasa á mí? Eso es, á mí ¿qué me pasa? Que no me pasa nada, ¡vaya una desdicha! Tiene razón Manolo... y tú también: ¡qué falta me hace nadie, si con lo que tengo he sido siempre tan feliz; pues lo mismo que antes ¡eso es! Desde mañana, vuelta á nuestros paseos en lancha y á nuestros conciertos al anochecer, ¡y á ver qué pena se atreve á entrar en esta casa, entre este padre chocho y esta hija tan remal educada! ¿En qué estás pensando? Mírame, cógeme en brazos como cuando era muy pequeña, ríñeme, dame un beso. *(Cogiéndole la cabeza entre las dos manos y besándole.)* ¿De quién es este padre tan mío?

DON ENRIQUE

¡Ay, cabecita toda corazón! ¡Dios te bendiga!

(Entra el ama JUSTA *con cartas y periódicos en la mano.)*

JUSTA

¡Aquí está el correo!

DON ENRIQUE

Bueno; déjalo ahí.

JUSTA

¿No lo lees?

DON ENRIQUE

Sí, ahora.

JUSTA

¿Quieres que te traiga una taza de caldo?

DON ENRIQUE

¿A mí? ¿Por qué? No por cierto.

JUSTA

Pues con el desayuno que hemos hecho, no andaremos muy alimentados... y como por fas ó por nefas ahora en esta casa el almuerzo se suele retrasar hasta las mil y una, no estaría de más que tomases algo.

DON ENRIQUE

Muchas gracias; no necesito nada.

JUSTA

Tú tampoco has probado el pan ni el dulce, y luego empezaremos con que si la cabeza ó si el estómago. Te advierto que tienes muy mal color.

AGUSTINA

Será el reflejo verde de los árboles.

JUSTA

Será el reflejo verde. ¿De modo que puedo quitar la mesa?

DON ENRIQUE

Vaya una pregunta: haz lo que se te antoje.

JUSTA

Es que, como todavía no ha desayunado la señora, y no sé si quiere bajar al comedor ó que le sirvan el café en su cuarto...

DON ENRIQUE

Pues sube á preguntárselo y sales de dudas.

JUSTA

¡Para que me mande á freir espárragos la tarasca de su doncella!

DON ENRIQUE

¡Pues no subas! *(Con mal humor.)*

JUSTA

¡Ay, niño, no nos acaloremos, que no es para tanto! Aquí á todo el mundo se le consiente todo menos al ama Justa. Aquí todos son santos y no hay más que una pecadora. ¡Todo sea por Dios! ¡Cría cuervos, cría cuervos y te sacarán los ojos. ¿Dónde vas?

DON ENRIQUE

¡A paseo! *(Sale.)*

JUSTA

¡Con la mañana que hace! Naturalmente, cuando en casa no podemos vivir, á la calle aunque caigan chuzos de punta. ¡Ay, niño! A disgustos te han de quitar la vida. ¡Ay, Señor!

AGUSTINA

¿Qué te pasa?

JUSTA

¿Qué ha de pasarme? ¿No es un dolor ver que á tu padre, y á ti lo mismo, porque sois más buenos que el buen pan, os estén engañando como os engañan?

AGUSTINA

A ti qué te importa, si engañados vivimos á gusto.

JUSTA

A gusto, ¿eh?, por eso no comemos, ni dormimos, ni hacemos cosa como Dios manda. En esta casa no hay orden, ni paz, ni concierto, ni gracia de Dios...

AGUSTINA

Ama Justa: ¿tú dices que nos quieres tanto y cuanto?

JUSTA

¡A morir!

AGUSTINA

¿Pues sabes cuál es la primera obligación del que quiere á otro? No darle disgustos.

JUSTA

Es que hay cosas que no pueden consentirse.

AGUSTINA

Porque te molestan á ti.

JUSTA

Porque no, señor, ¡ea! Y si á tu padre y á ti os duele oirlas de puro tragadas que las tenéis, yo sé mi obligación y las digo. ¡Quien bien te quiera, te hará llorar!

AGUSTINA

Es que á los que queremos no hay que quererlos bien; con quererlos, basta.

JUSTA

Y que no soy yo la única que se lamenta de lo que aquí ocurre.

AGUSTINA

¿Qué quieres decir con eso?

JUSTA

Pregúntaselo al vecino de al lado. ¡Bien tem-

prano estaba esta mañana en la huerta mirando para tu ventana!

AGUSTINA

¿Manolo?

JUSTA

Sí, Manolo. A ese tampoco se la dan con queso.

AGUSTINA

No sé á qué viene ahora hablarme de él.

JUSTA

Como venir, á nada. Pero cuando una quiere á las personas, siempre le da gusto hablar de ellas.

AGUSTINA

Ya, y tú le quieres mucho.

JUSTA

¿Tú no?

AGUSTINA

¿No lo sabes?

JUSTA

Me lo figuro. El es el que, á lo que parece, no anda muy convencido de ello.

AGUSTINA

¿Te lo ha contado á ti?

JUSTA

No es menester que me lo cuente, que el amor y los celos á los ojos saltan, y mujer que ha tenido cerca á un hombre, se los sabe á todos de memoria.

AGUSTINA

Figuraciones tuyas.

JUSTA

Naturalmente... como que chocheamos ya. Figuraciones. ¿Pues sabes lo que te digo, hija mía? Que puede que cualquier señorito de los que vienen aquí á diario, tenga que marcharse del pueblo cualquier noche con la figuración de que le han roto la cabeza. Y si no, al tiempo.

AGUSTINA

Bueno, déjame en paz. ¡A mí qué me importa!

JUSTA

¡Ave María purísima, niña!

AGUSTINA

Sin pecado concebida, ama... Alégrate, que pronto os quedaréis todos tranquilos, tú y el señorito Ma-

nolo y la casa y el pueblo. Ya volverá el orden, ya tendremos tiempo y sosiego para aburrirnos todos á gusto. Y ahora quítate de delante, que no tengo ganas, mirándote esa cara de momia, de figurarme lo que voy á ser después de medio siglo de vivir en paz y en gracia de Dios dentro de esta balsa de aceite. ¡Andando!

JUSTA

Parece mentira que después de quince años de ser para ti lo que hemos sido, por tres semanas que has pasado en Madrid, seamos la última palabra del Credo. ¡Vivir para ver! *(Sale.)*

AGUSTINA

¡Vivir para ver! ¿Para ver qué? *(Muy nerviosa, se acerca á la mesa donde el ama ha dejado el correo, dos ó tres cartas y unos cuantos periódicos y revistas, y revolviéndolo, mira los sellos.)* Madrid... París... Roma... Filadelfia... Berlín... *(Tirándolos rabiosa.)* Medio mundo ¡y nada!

(JUAN MANUEL, *que ha entrado, sin que ella le vea, por el ventanal del jardín, coge una de las cartas que está á punto de caerse.)*

JUAN MANUEL

¿Qué le han hecho á usted estos pobres papeles?

AGUSTINA

¡Nada!... Figúrese usted que hace diez y seis años

que vivo en esta casa, que viene correo por la mañana y por la tarde, y que en tantos y tantos y tantos días ¡eche usted la cuenta! nunca ha traído nada para mí.

JUAN MANUEL

(Sonriendo.) Sí que es triste.

AGUSTINA

Pues más triste es pensar que pasarán, no otros diez y seis, otros cincuenta, y que el correo seguirá viniendo y seguirá no trayéndome nada, y que yo seré tan idiota, que seguiré esperándole todas las mañanas y todas las tardes, como si en él hubiera de venirme ¡qué sé yo! *(Seria.)* ¿Habrá estupidez como esta mía de esperar una cosa que no sé lo que es y desesperarse porque no llega?

JUAN MANUEL

Eso nos pasa á todos en este mundo.

AGUSTINA

¿Usted también espera el correo?

JUAN MANUEL

No, señora; espero la felicidad.

AGUSTINA

(Muy triste.) Yo... la felicidad... ya la tengo.

JUAN MANUEL

¡Ah, sí! Pues por cartas no se apure usted. Yo le prometo á usted enviarle tres ó cuatro diarias desde el último rincón del mundo.

AGUSTINA

¿Cuál es el último rincón del mundo?

JUAN MANUEL

Por ahora, Pekín.

AGUSTINA

¿A Pekín se va usted á marchar?

JUAN MANUEL

Sí, señora; dentro de cuatro ó cinco semanas. Se me acabaron las vacaciones. ¿Quiere usted algo para el Hijo del Sol? *(Pausa: ella se acerca al ventanal y mira intensamente al jardín para disimular la pena; él pasea por la habitación.)*

AGUSTINA

(Volviéndose de pronto.) ¿Por dónde ha entrado usted que no le he sentido llegar?

JUAN MANUEL

Por el jardín; está la verja abierta.

AGUSTINA

¿Venía usted á ver á mi madre?

JUAN MANUEL

Vengo á hablar con su padre de usted.

AGUSTINA

¿Con mi padre? Ha salido; pero si quiere usted que le mande á buscar...

JUAN MANUEL

Prefiero que me haga usted compañía mientras viene, si es que no tiene usted mucho que hacer...

AGUSTINA

Tengo toda la vida por delante para no hacer nada.

JUAN MANUEL

¡Si que es un programita español!

AGUSTINA

¿Qué quiere usted? Como no soy pobre, no me tengo que ganar la vida, y como soy mujer, no tengo derecho á disfrutarla.

JUAN MANUEL

Pero tiene usted el deber de vivirla.

AGUSTINA

El único deber de una mujer honrada *dicen* que es no hacer ruido.

JUAN MANUEL

¿Y usted se conforma con ese *decir?*

AGUSTINA

Como nadie se molestará en pedirme mi opinión.

JUAN MANUEL

¿De modo que usted piensa ser una mujercita sumisa y resignada de las que despiden al marido en la puerta y le aguardan en el balcón, de las que tienen por todo libro el de la cocina, por toda responsabilidad la cuenta de la compra, y por todo viaje la divertidísima excursión desde el ropero á la despensa? *(Se ríe.)*

AGUSTINA

¡Qué remedio habrá!

JUAN MANUEL

¡Y puede que se divierta usted muchísimo cosiendo calcetines!

AGUSTINA

Ni eso; cuestan ya tan baratos, que no vale la pena de zurcirlos.

JUAN MANUEL

Y hasta que juegue usted al tresillo los domingos por la tarde con el teniente cura y el boticario.

AGUSTINA

Jugaré al ajèdrez con mi marido.

JUAN MANUEL

Y le hará usted los pitillos á máquina.

AGUSTINA

No; porque fuma en pipa.

JUAN MANUEL

¡Qué hombre tan distinguido! ¡Ja, ja, ja!

AGUSTINA

No me haga usted reir.

JUAN MANUEL

No me obligue usted á mí á hablar en serio.

AGUSTINA

¿Qué me va usted á decir en serio?

JUAN MANUEL

¿Me promete usted no enfadarse si se lo digo?

AGUSTINA

¿Es muy grave?

JUAN MANUEL

Agustina, es usted demasiado inteligente para resignarse á aceptar de nadie ¿lo entiende usted? ¡de nadie! la interpretación de la vida. Tiene usted en el entendimiento y en el corazón ideas, esperanzas, sueños, que son de usted, sólo de usted, tan suyos como su misma sangre y su misma carne, y todos ellos son como otras tantas voces que no pueden, que no deben callarse al imperio de ninguna otra voz. ¿Usted comprende lo que quiero decirle?

AGUSTINA

Que tengo la cabeza á pájaros.

JUAN MANUEL

Sí, señora. A una porción de pájaros que no han nacido para vivir en jaula.

AGUSTINA

Pues búsquese usted alguien que les abra la puerta.

JUAN MANUEL

¿Quiere usted venirse á Pekín en mi dulce, conyugal y diplomática compañía?

AGUSTINA

¡Juan Manuel!

JUAN MANUEL

¡Agustina! *(Pausa.)*

AGUSTINA

¿A eso es á lo que usted le llama hablar en serio?

JUAN MANUEL

¿Le parece á usted cosa de broma casarse conmigo?

AGUSTINA

Buena pareja haríamos usted y yo.

JUAN MANUEL

Inmejorable. Créame usted á mí: hemos nacido el uno para el otro, y los dos para correr el mundo hasta que nos muramos de viejos. Mire usted, yo no juego al ajedrez, y como siempre fumo cigarrillos turcos, podríamos fumarlos á un tiempo; ¡usted no sabe lo que es un vicio á dúo! Además, como siempre estaremos de viaje, no tendrá usted que despedirme cuando me vaya, ni que aburrirse hasta que vuelva; además, me guardaré muy bien de imponer mi opinión en nada de este mundo ni del otro: usted hará el menú en todas las comidas, elegirá usted el cuarto en todos los hoteles, esco-

gerá usted todas mis corbatas, tendrá usted en el bolsillo todo el dinero de la comunidad y llevará usted todas las cuentas; en una palabra, será usted el más déspota de los tiranos y yo el más feliz de los siervos.

AGUSTINA

Eso dice usted ahora, porque sabe usted que es imposible... pero luego... todos los hombres son iguales.

JUAN MANUEL

Eso se lo ha dicho á usted su novio.

AGUSTINA

No, señor; mi madre.

JUAN MANUEL

Pues están ustedes las dos muy equivocadas. Agustina, escúcheme usted, porque ahora sí que estoy hablando en serio, y lo que voy á decirle á usted sólo puede decírsele á una mujer cuando se la estima moral é intelectualmente, tanto como yo la estimo á usted, ¡además de quererla con toda mi alma!

AGUSTINA

¡Jesús! *(Queriendo seguir en broma, pero sin conseguirlo.)*

JUAN MANUEL

Será usted mi mujer, si se resigna usted á serlo, con todas las sanciones legales y divinas; pero le doy á usted mi palabra de honor de que no la he de tomar á usted en cuenta firmas ni juramentos. Siempre será usted libre, y vendrá usted á mi lado sólo mientras usted quiera venir. Y aunque llegásemos á celebrar las bodas de diamante, todo lo que usted quiera darme de sí misma, de su amor, de sus sueños ó de su pensamiento, lo recibiré siempre como un don, como una gracia, como un milagro, ¡de rodillas y agradecidísimo! Quiero tener la gloria de conquistarla á usted todos los días. *(Sonriendo.)* ¿Hace ó no hace?

AGUSTINA

(Muy confusa.) ¡No... no!

JUAN MANUEL

¡Agustina...!

AGUSTINA

No soy yo como esas mujerotas de novela que tienen un amor en cada capítulo. Yo ya he tenido el mío, y se acabó.

JUAN MANUEL

Eso que usted ha tenido no era amor.

AGUSTINA

¡Ah! ¿Usted cree?

JUAN MANUEL

Era una agradabilísima costumbre de dejarse querer, mientras no llegase otra cosa mejor. ¡Sí, señora! Todos hemos gozado esas dulces anticipaciones. Ellas le van á uno ablandando y dilatando el corazón para recibir al amor de verdad, al señor, al tirano... que acostumbra á venir un poquito más tarde, porque le gusta hacerse desear y encontrar el camino regado con unas cuantas lágrimas...

AGUSTINA

Todo eso es poesía...

JUAN MANUEL

Naturalmente: porque es verdad.

AGUSTINA

Está usted loco.

JUAN MANUEL

Por usted.

AGUSTINA

Sí, hace tres semanas.

JUAN MANUEL

Hace una eternidad. Y usted por mí. ¿Piensa usted que le hubiera gustado tanto leer novelas de viajes si no hubiese yo andado siempre por esos mundos?

AGUSTINA

Buscándome á mí, ¿verdad?

JUAN MANUEL

Esperando á que usted se me pusiera delante.

AGUSTINA

Mucho me querrá usted cuando ayer se marchó sin verme.

JUAN MANUEL

Por eso he venido hoy tan temprano.

AGUSTINA

A hablar con mi padre.

JUAN MANUEL

Sí, señora; de usted. Míreme usted. ¿No quiere usted mirarme? ¿De qué tiene usted miedo? ¿De que yo le vea á usted en los ojos lo poquísimo que me quiere usted, ó de encontrar usted en los míos lo muchísimo que la quiero? ¡Hay que ser valiente y

mirar al amor cara á cara. *(Ella le mira.)* ¡Así! Y ahora hay que sonreirse un poquito... entre rigor y misericordia. *(Ella se tapa los ojos con las manos.)* ¿Prefiere usted llorar? ¡Entonces esta es la hora más feliz de mi vida! *(Cogiéndole la mano con que se ha tapado los ojos, se la besa.)* ¡Gracias, Agustina!

AGUSTINA

¡Ay!

JUAN MANUEL

¿Qué?

AGUSTINA

¡Nada... que vienen... será Manolo!...

JUAN MANUEL

¡Qué importa!... ¡Estoy yo aquí!

AGUSTINA

No, no... déjeme usted...

JUAN MANUEL

Como usted quiera, siempre como usted quiera.

(Ella echa á correr y sale al jardín. El se la queda mirando un momento, y luego se vuelve á ver quién ha entrado, disponiéndose á una batalla con el rival. Pero no es MANOLO

quien entra, sino el ama JUSTA, *que le mira con bastante desagrado.)*

JUSTA

Buenos días.

JUAN MANUEL

(Amabilísimo.) Muy buenos.

JUSTA

La señora no ha salido aún de su cuarto.

JUAN MANUEL

¿Sabe usted si ha vuelto ya Don Enrique?

JUSTA

¿Le quería usted algo?

JUAN MANUEL

Probablemente

JUSTA

Pues, no, señor; no ha vuelto ni volverá hasta la hora del almuerzo; digo, me parece.

JUAN MANUEL

Entonces, yo volveré también. Dígaselo usted así de mi parte.

JUSTA

(Con retintín.) ¿A la señora no hay que decirle nada?

JUAN MANUEL

Nada absolutamente. Buenos días.

JUSTA

Vaya usted con Dios. *(Sale* JUAN MANUEL.) ¡Ay!

PURA

(Que entra por la derecha y se la queda mirando.) ¿Está usted despidiendo al novio?

JUSTA

¡No estoy despidiendo á nadie!

PURA

Como miraba usted á la puerta y suspiraba usted tan triste.

JUSTA

Suspiro por lo que tengo que suspirar, y yo me entiendo y usted me entiende.

PURA

Yo, ni palabra. ¿Se ha muerto alguien de la familia?

JUSTA

Más valdría morirse que vivir como viven ciertas personas.

PURA

¡Quiá; no lo crea usted! Viva la gallina y viva con su pepita.

JUSTA

¡Así anda el mundo!

PURA

¡Ya ve usted! ¡Dicen que siempre al mismo paso!

JUSTA

Eso es verdad. Los hombres serán siempre tontos de la cabeza.

PURA

¡Pobrecillos! ¿Quién les tiene la culpa?

JUSTA

La culpa la tienen las mujeres que les vuelven el juicio.

PURA

¿A cuántos se le ha vuelto usted?

JUSTA

A ninguno, porque soy muy decente.

PURA

Puede que no haya sido sólo por eso.

JUSTA

¿Por qué lo dice usted?

PURA

Porque ellos son la mar de caprichosos, y suele suceder que, cuanto menos les dan, más ganas les entran. De modo que no se haga usted ilusiones de santa bendita, porque si no ha habido quien le diga á usted por ahí te pudras, habrá sido por lo mismo que á mí, ¡por fea!

JUSTA

Ha de saber usted que soy viuda.

PURA

Se moriría de susto el infeliz.

JUSTA

¡Insolente!

PURA

(Fingiendo risa.) ¡Ja, ja, ja! Me río yo de la virtud de algunas.

JUSTA

A usted la he de arrastrar yo del moño.

PURA

Eso dicen. ¡Ja, ja, ja!

JUSTA

¡Tarasca!

(Entra ELENA *en traje de mañana.)*

ELENA

¿Ya están ustedes disputando? Tempranito empiezan las buenas obras...

PURA

Es que...

JUSTA

¿Manda algo la señora?

ELENA

Que se quite usted de delante.

JUSTA

Está el día de oro. Desde que nos hemos levantado, no hacemos otra cosa que recibir bufidos. *(Sale.)*

ELENA

¿Y á ti, cuántas veces te voy á decir que estoy hasta el moño de cuestiones? ¡Aprende de mí!

PURA

¿A qué?

ELENA

A tener calma.

PURA

¿Quieres tomar café?

ELENA

¡No quiero nada!

PURA

¿Sabes que te levantas con buen humor?

ELENA

Con el que se me antoja. *(Viendo entrar otra vez al ama* JUSTA.) ¿Qué se le ocurre á usted?

JUSTA

Nada, señora. Que traen un telegrama para la señora.

ELENA

Deme usted. ¿Qué está usted ahí esperando?

JUSTA

Que firme la señora el recibo.

ELENA

Tome usted. *(Sale* JUSTA.) ¡Y tú no me preguntas siquiera de quién es!

PURA

Para que me contestes que ¡á mí qué me importa!

ELENA

Es del apoderado. ¿Que si nos vamos ó no nos vamos?

PURA

Eso mismo te iba yo á preguntar.

ELENA

A ti te correrá mucha prisa marcharte.

PURA

A mí, ninguna. Pero como mandaste ayer de sopetón que hiciese los baúles, y luego te encerraste con la risa nerviosa, y luego te dormiste, y luego la jaqueca, y luego el baño, no te lo he podido preguntar hasta ahora, y luego si te da la ventolera de que nos marchamos, y están las cosas sin hacer, ¡á ver quién va á pagar los vidrios rotos!

ELENA

El caso es que el contrato me conviene y que no están los tiempos para tirar dinero por la ventana. ¿A ti, qué te parece?

PURA

Pues que si te conviene, mal harás en no ir, porque lo que es aquí como ganar, no estás ganando nada.

ELENA

Ni gastando tampoco.

PURA

No, pues con lo que ahorres, no echarás coche. Sólo en trapos para la niña mientras estuvo en casa, ya verás la cuenta que te pone el modisto.

ELENA

¡Si no voy á poder regalarle á mi hija lo que me dé la gana!

PURA

Por mí como si quieres enterrarla en oro. No te pienso heredar.

ELENA

¡Cualquiera se embarca ahora y llega á New-York con el calor que estará haciendo! ¡Y cantar

para aquellos salvajes, que lo pagan, pero que no lo entienden! Lo que me convenía á mí era descansar una temporada y tomar mis baños de mar y dejarme de historias, porque, después de todo, por unos cuantos miles de pesetas que deje de ganar, no me voy á morir de hambre tampoco.

PURA

Pues hija, la salud es lo primero; de modo que si estás cansada y no quieres empezar con trajines, más vale que te quedes.

ELENA

¡Ya lo has dicho tú! Me quedo y hazte cuenta de que me enterraron, porque si me estoy aquí quince días más, cualquiera le dice luego á este hombre que me marcho.

PURA

Pues díselo ahora mismo, y con eso cuando llegue la hora no le pilla de susto.

ELENA

Eso es... ahora mismo... como puñalada de pícaro. Si te parece modo de corresponder como Dios manda; porque él tendrá su genio, pero en esta ocasión lo que es portarse bien conmigo se ha portado, y luego la niña, que hazte cuenta que la dejo para no volverla á ver, porque lo que es tal como

están las cosas, si salgo de esta casa tiene que ser de muy mala manera, y, la verdad, lo siento.

PURA

Cuando yo te decía que no vinieras, porque si venías, ¡adiós mi dinero!

ELENA

¡Adiós mi dinero! Ni que fuera alguna deshonra el que le tire á una lo único que tiene en el mundo.

PURA

Bueno. ¿Arreglo los baúles ó no?

ELENA

¡Dichosos baúles y bienaventurados!

PURA

¡Te advierto que son las once y media y á las dos sale el tren!

ELENA

¡Ay, Pura de mi alma, qué pelma eres! Ya lo sé, ya lo sé, déjame en paz. También la niña podía haber subido á preguntar por mí.

PURA

Ha subido tres veces y estabas dormida.

ELENA

¡Qué casualidad! No he pegado los ojos en toda la noche. ¡Vaya un modo de sonar el viento en esta casa! ¡Pues digo si en el mar nos coge un tiempecito como este! ¡Mareo seguro para todo el viaje! También es gracia tener que pasar el charco para ir á divertir á aquellos cursis. ¿Qué me miras?

PURA

Que si tienes algo que mandarme ó no, porque con estas y las otras yo todavía no he desayunado.

ELENA

Ni yo tampoco.

PURA

Porque no habrás querido.

ELENA

Anda, hija, anda á tomar un caldito, no te vayas á desmayar, que sería lástima. *(Sale* PURA.) ¡Sí que está el día para tomar el tren! *(Con el telegrama en la mano, patalea rabiosa. Entra* DON ENRIQUE *despacio, la mira y sonríe resignadamente.)*

DON ENRIQUE

¿Todavía no se te ha pasado el ataque?

ELENA

(Volviéndose rapidamente hacia él.) ¿Te interesa mucho saberlo?

DON ENRIQUE

Bastante.

ELENA

Ya se conoce, cuando desde ayer tarde no se te ha ocurrido subir á enterarte de si me había muerto.

DON ENRIQUE

Hija mía, cuando una persona se encierra con llave en su habitación, parece indicar suavemente que desea estar sola.

ELENA

Y á ti te ha parecido prudente respetarme el gusto.

DON ENRIQUE

¿Prudente?... ¡Correcto!

ELENA

Todos somos muy correctos en esta casa.

DON ENRIQUE

Perdón... ¡todos, no!

ELENA

Es que á mí... me cargan las hipocresías.

DON ENRIQUE

Pues vamos á hablar con franqueza.

ELENA

¿De qué?

DON ENRIQUE

En primer lugar, del telegrama que tienes en la mano.

ELENA

¿Sabes de quién es?

DON ENRIQUE

Me lo figuro. ¿Te piden que te vayas, no?

ELENA

Que diga si me voy á marchar.

DON ENRIQUE

¿Y tú qué has respondido?

ELENA

Todavía... nada.

DON ENRIQUE

¿Quieres que responda yo por ti y sales de dudas?

ELENA

¿Quién te ha dicho á ti que yo dude?

DON ENRIQUE

¡Perdón! Me figuré que siquiera un momento habías vacilado pensando en nosotros... queriendo ahorrarnos una pena; ¡no sabes cómo te lo hubiera agradecido! Aunque... de sobra comprendo que tienes intereses de mayor importancia que estos menudos de casa y familia...

ELENA

(Con un poco de asombro, pero sin comprender del todo.) Es decir, que...

DON ENRIQUE

Nada, que contestes á eso. Me parece que piden... *(Cogiendo el telegrama.)* Sí, respuesta inmediata.

ELENA

¿No querías contestar tú?

DON ENRIQUE

¡Oh! Era suponiendo que dudabas; pero, puesto que dices que no dudas...

ELENA

No importa... por curiosidad... ¿Qué contestarías... pero sinceramente... si estuvieras en mi lugar?

DON ENRIQUE

En el tuyo, no sé. En el mío... sinceramente... ¡acepto el contrato!

ELENA

¿De modo que me dices que me vaya?

DON ENRIQUE

Te lo aconsejo.

ELENA

¿Con toda tu tranquilidad?

DON ENRIQUE

Con toda mi lealtad, que no es lo mismo.

ELENA

¡Ya! Te estorbo.

DON ENRIQUE

No me estorbas: me inquietas, me atormentas, me perturbas la vida...

ELENA

¿Yo?

DON ENRIQUE

Sí, tú, Elena. Tú dices que te molestan las hipocresías. Yo también reniego de ellas. ¡Se acabaron las habilidades, pobres habilidades mías que de nada han servido! Yo te llamé á mi casa esperando que en ella pudieras encontrar ¡qué sé yo! una ternura, un calor, algo que te atrajese, algo que acaso hubieses echado de menos en tantos años de rodar por el mundo. Te llamé por la voz de tu hija, porque me pareció que había de ser para ti más elocuente que la mía... Viniste... ¡Me había equivocado! Ni tu hija ni yo significamos nada para ti. ¡No necesitas nada de nosotros! ¡Qué le vamos á hacer! Tu mundo te basta: tu mundo, el que te admira, el que te aplaude, el que te explota. ¡Los tuyos, ay, los tuyos!...

ELENA

¡Los míos! ¡Eso es lo que te duele! Te molesta que vengan á verme. Tienes celos...

DON ENRIQUE

¡Ja, ja, ja! ¡Celos, después de tantos años de olvidado el amor!

ELENA

Pues ayer...

DON ENRIQUE

Ayer tuve un ataque de idiotez aguda. ¡Perdónamelo! De eso también quería hablarte. ¡No tengas celos de nadie! No los tengo, porque no los puedo tener. ¡Eres un prodigio de insensibilidad! Todo el fuego de tu corazón cabe en un aria de Rossini.

ELENA

Pues entonces, ¿de qué te quejas?

DON ENRIQUE

Tienes razón, de nada... no me quejo de nada. Te pido perdón por estas violencias, te agradezco todo lo que has querido hacer por mí... por tu hija...

ELENA

Y me vuelves á rogar que me marche.

DON ENRIQUE

Presumí demasiado de mis fuerzas. Puesto que te has de ir... y los has de olvidar, bien puedo decírtelo. ¡No es posible vivir, teniéndote tan cerca y sabiendo que no soy nada para ti!

ELENA

¡Qué vas á ser, si nunca me has querido!

DON ENRIQUE

Eso creerás tú.

ELENA

Cuando me dejaste marchar...

DON ENRIQUE

¿Qué derecho tenía á detenerte? ¡Si tu corazón no te mandó que te quedaras!

ELENA

¡Pudiste haber venido conmigo!

DON ENRIQUE

Para ser el marido de la tiple... una cosa grotesca y lamentable, entre amante pobre á quien se mantiene y administrador á quien se paga con una hora de amor en un cuarto de fonda.

ELENA

¡Ave María Purísima!

DON ENRIQUE

Para arrastrar toda mi dignidad de hombre y todo el orgullo de mi amor de camerino en camerino... ¡No, Elena, no! Aquí he sufrido mucho, ¡no lo sabes tú bien, pero á gusto! Nadie lo supo, nadie pudo ofenderme, viniéndome á compadecer...

ELENA

Yo también he pasado lo mío, no te vayas tú á figurar...

DON ENRIQUE

No te creas obligada, por agradecimiento, á pagarme penas con penas. Cada uno es como es.

ELENA

Pues, á pesar de ser como soy, he pasado mis malos ratos.

DON ENRIQUE

¿Y en ninguno de ellos se te ocurrió la idea de acudir á nosotros? ¿En tantos años no has sentido nunca la necesidad de besar á tu hija? Yo te he estado esperando hora tras hora, desde la misma noche que te fuiste. ¡Es posible que á ti no te haya dado nunca la idea de volver!

ELENA

Sí que me ha dado algunas veces. Pero siempre me daba estando qué sé yo dónde, en Rusia ó en América, cuando no podía tomar el tren, de noche, á las mil y tantas, al salir del teatro para irme á dormir.

DON ENRIQUE

Y claro, al despertar, al día siguiente...

ELENA

Tenía que marcharme al ensayo, ó me estaba esperando el modisto, ó el empresario, ¡ó el demonio!, porque, total, tanta ansia por vivir y vivir,

y de prisa que lleva una siempre, no se entera ni de que vive... Diez y seis años... Pensándolo bien, sí que son una temporadita. Pues, hijo, la verdad, me parece que me he marchado ayer y he vuelto esta mañana.

DON ENRIQUE

(Mirándola casi con espanto.) ¡Eres una mujer extraordinaria! *(Muy despacio.)* No tienes una cana... ni una arruga... ni en la frente, ni en el corazón...

ELENA

¡Hijo, no soy tan vieja!

DON ENRIQUE

Trabajo, triunfos, injusticias, enfermedades, soledad, nada ha dejado en ti la menor huella. ¿Cómo ha pasado la vida sobre ti ó como has pasado tú por la vida?

ELENA

Como todo el mundo...

DON ENRIQUE

No como todo el mundo. Porque yo, que desde este rincón te iba siguiendo tan de lejos, pero paso á paso, ¡he sufrido tanto por ti!...

ELENA

¡Por mí!

DON ENRIQUE

Por ti, pensando en todo, doliéndome de todo, esperando con las que sospechaba que eran tus esperanzas, indignándome ante las injusticias, temiendo para ti el vértigo del triunfo, la locura de una posible desesperación, el amor, ¡no por celos!, ¡no creas que por celos! por ti, sólo por ti, porque he creído siempre que eras buena, pero sé que al lado de una mujer bonita, célebre, y que gana dinero, no falta algún canalla, dispuesto á aprovechar la flaqueza posible de un corazón que está demasiado solo...

ELENA

Te juro...

DON ENRIQUE

¡Ya lo sé! Y no sólo eso: hasta puerilidades. Me inquietaban por ti el calor, el frío, las fiebres, el cambio de alimentos, cada vez que ibas á un país distinto, el mar si te embarcabas, el cansancio si trabajabas demasiado.

ELENA

¿Qué sabías tú de eso?

DON ENRIQUE

Lo he sabido todo, día por día, á costa de cuántos trabajos, no lo quieras saber: hasta viajes he hecho pretextando negocios para acercarme á ti... te he visto dos veces... te he oído cantar...

ELENA

¿Dónde?

DON ENRIQUE

¡Qué más da! Toda esa vida que sobre ti ha pesado tan poco, la llevo sobre mí. ¡Toda tu vida! ¿La quieres repasar? *(Sacando del estante y de los cajones de la mesa álbums de recortes y retratos, postales, periódicos sueltos, programas...)* Tómala, mírala... Ahí la tienes: tus triunfos, tus derrotas, tus viajes... Todo lo que en el mundo se ha dicho de ti...

ELENA

(Muy conmovida y aún más asombrada.) ¡Enrique!...

DON ENRIQUE

No ha habido día en que de algún rincón no me haya venido tu nombre ó tu retrato... Hoy mismo, de seguro. *(Revolviendo el correo.)* Sí, aquí está. *(Rompiendo la faja de una revista de música.)* Mira... *(Con ironía.)* ¡En *Tosca!*

ELENA

¡Es posible!... Entonces... es verdad... que me has querido tanto...

DON ENRIQUE

¡Ya lo ves!

ELENA

Yo no lo he sabido... nunca me lo dijiste... ¡cómo lo iba á saber!... No creas... yo también te he querido mucho... no como tú á mí, ¡pero mucho! Puede que más de lo que yo me figuraba, ¡qué sabe una nunca lo que le pasa! No sé, pero te debo haber querido de verdad, porque nunca he podido querer á otro...

DON ENRIQUE

Lloras... ¿Por qué?

ELENA

Sí, lloro ¡no sé por qué! Ni me importa ¡ea! Lloro porque tengo coraje, pena de mí misma. ¡Y rabia, mucha rabia contra ti y contra mí! ¡Dices que soy loca, que soy como soy! ¿Por qué no me enseñaste á ser de otra manera, tú, que sabías tanto y que dices que tanto me quieres? ¿Sabes tú lo que has sido? Un orgulloso y un egoísta.

DON ENRIQUE

Tienes razón; pero perdóname, porque bien lo he pagado...

ELENA

Cómo perdonar, cuando, después de todo, no le han hecho á una nada. ¡Ya ves tú qué trabajo cuesta! Perdóname tú á mí; pero de bastante nos sirve...

DON ENRIQUE

¡Por qué dices eso!...

ELENA

Porque hemos perdido lo mejor de la vida.

DON ENRIQUE

Siempre estamos á tiempo de salvar lo que queda... si tú quieres.

ELENA

Sí, quiero... Tú eres... no sé... cuando entraste en mi casa me pareció que volvía á tener veinte años... como cuando te quise. Desde que estoy aquí siento una cosa así en el corazón como si me hubiera sentado debajo de una parra tan verde y tan fresca, después de estar andando horas y horas por un camino con sol y polvoriento.

DON ENRIQUE

¡Elena!

ELENA

No me lo agradezcas. Desde que vine aquí... lo estoy queriendo; pero, hijo, cada uno tiene su alma en su almario, y donde no te llaman, qué te querrán, y tú mismo has venido á decirme que me vaya.

DON ENRIQUE

¡Pero crees que hubiera podido dejarte marchar!... Eres mejor que yo, cien mil veces mejor que yo. Tienes razón; no te supe guardar, no supe agradecer lo que tenía con tenerte; yo te debí enseñar la vida... fuí un necio...

ELENA

Bueno, ahora no te desconsueles, que no es para tanto. *(Limpiándose los ojos con las manos.)* ¡Jesús, los años que hace que yo no lloraba!

DON ENRIQUE

Otros tantos hace que no vivías.

ELENA

¡Tiene gracia que no haya yo llorado en este mundo más que por causa tuya!... ¡No me beses, que te vas á manchar la cara de lágrimas!...

DON ENRIQUE

(Abrazándola.) ¡Elena!

ELENA

(Separándose de él por pudor de emoción de mujer arisca.) ¡Mira que haber guardado todo esto! *(Revolviendo los álbums.)* A mí nunca se me ha ocurrido guardar nada... ¡Jesús, de cuantos años! ¡Ja, ja, ja! ¡Pues no estaba yo poco flaca enton-

ces! ¿Qué es esto? De Berlín. ¡Ah, sí! Una vez que se desbocó el caballo y tuvieron que sacarme de debajo del coche. *(Ingenuamente.)* ¡Se me había olvidado!

DON ENRIQUE

(Sonriendo.) Veintisiete de Agosto de mil novecientos...

ELENA

¡Anda, hijo, tienes tú más memoria que la Pura!

(Entra AGUSTINA; *al ver á su padre y á su madre juntos, quiere volverse atrás.)*

DON ENRIQUE

Pasa, pasa.

ELENA

Que tenemos que darte una buena noticia.

AGUSTINA

¿Buena noticia? *(Mirándolos alternativamente.)* Es que... mamá.

DON ENRIQUE

¡Sí, hija!

AGUSTINA

(Abrazando á su madre.) ¡Qué alegría!

ELENA

Ya se lo puedes decir á tu novio. Mira, por él es por lo único que siento quedarme.

AGUSTINA

¿Manolo? *(Muy apurada.)* No... sí... ya... por... eso...

DON ENRIQUE

¿Qué te pasa?

JUSTA

(Entrando.) El señorito Juan Manuel que quiere hablar contigo.

AGUSTINA

¡Ay!

DON ENRIQUE

Que pase.

ELENA

¡Anda éste ahora! ¡Pobre muchacho!

(Entra JUAN MANUEL, *y* DON ENRIQUE *se adelanta á darle la mano.)*

JUAN MANUEL

Ya he venido antes y no estaba usted. Usted perdone la insistencia, pero quería á toda costa hablar

con usted... Necesito darle á usted explicaciones... Ayer...

DON ENRIQUE

(Interrumpiéndole.) Yo soy quien tiene que pedir á usted disculpas por mi arrebato estúpido. Si hubiera sabido que estaba usted en el pueblo, hubiera ido á buscarle.

JUAN MANUEL

¿Ya Elena y Agustina le han dicho á usted...?

DON ENRIQUE

(Mirando con un poco de asombro á la madre y á la hija.) No, nada...

JUAN MANUEL

(Sonriendo.) Bien, entonces... Yo me marcho á Pekín dentro de unas cuantas semanas... y como Agustina no tiene inconveniente en hacer el viaje conmigo, vengo á pedir á usted las bendiciones.

DON ENRIQUE

¡Agustina!

ELENA

¡Pero tú...!

AGUSTINA

Sí... *(Mira á su padre; pero como le da mucha vergüenza, termina contestando á su madre.)* Mamá.

DON ENRIQUE

¡Válgame Dios! Este era el tedio, la inutilidad de la vida, el viento que nos pone los nervios de punta. ¡Ja, ja, ja!

AGUSTINA

No te rías, papá, que yo no lo sabía. *(Apuradísima.)* Y si tú no quieres...

DON ENRIQUE

¿Por qué no he de querer? *(Muy serio.)* Pero te advierto que en Pekín también crecen los días cuando llega Febrero y también menguan para Octubre, porque da la casualidad de que estamos en el mismo hemisferio.

AGUSTINA

No te burles de mí. *(Sonríe y de pronto se queda seria y triste.)* ¡Ay, Manolo!

ELENA

¡No te apures por él, que bien merecido lo tiene por... *(Busca una razón, y no encontrando otra mejor, dice)* por antipático!

DON ENRIQUE

¡Pícara vida!

ELENA

(Abrazando á AGUSTINA.) ¡A Pekín! Estará de

Dios que siempre haya una mujer de esta familia corriendo mundo. Pero tú eres más feliz, hija, que no vas sola.

DON ENRIQUE

(Como si hablase consigo mismo, pero en voz alta.) ¡No va sola porque sabe querer!

ELENA

(Protestando ofendida.) Porque saben quererla. ¡Hay hombres y hombres, hijo de mi alma!

DON ENRIQUE

(En tono de riña.) ¡También hay mujeres y mujeres, hija de mi vida!

ELENA

(También en tono de riña.) ¡Me querrás tú decir á mí!...

AGUSTINA

Pero, mamá, papá, ¿vais á reñir ahora que estamos tan contentos?

ELENA

Hija, tienes razón. *(A* ENRIQUE.) A callar la boquita, siquiera mientras ella esté en casa.

DON ENRIQUE

Es verdad; años nos quedan por delante para discutir.

ELENA

(En tono de riña.) Sí, porque lo que es tú, veo que no pierdes la costumbre.

DON ENRIQUE

(También riñendo.) Pues lo que es tú...

AGUSTINA

¡Mamá!

JUAN MANUEL

Señores...

DON ENRIQUE

Perdón, hijos, perdón. No tomen ustedes ejemplo de nosotros.

ELENA

¡Ave María! ¡Ni que fuésemos algún par de tigres! Después de todo, ¿qué? Lo mismo da reñir que abrazarse. El caso es querer y que la quieran á una como Dios manda. Ya lo dice la copla:

Al querer lo he *comparao*
con los días del invierno:
ya se nubla, ya se aclara,
ya graniza, ya hace bueno.

CAE EL TELON

3 0112 117484391

J. POVEDA